



**QUINCE
DUNCAN**

[Handwritten signature]

LA REBELION POCOMIA

y otros relatos

CR861.44
D912-la



**LA REBELION POCOMIA
Y OTROS RELATOS**

QUINCE DUNCAN

LA REBELION POCOMIA Y OTROS RELATOS



EDITORIAL COSTA RICA
SAN JOSE, COSTA RICA
1976

LA REBELION POCOMIA

Jean Paul (1) cruza el potrero bajo los claros resplandores de la luna llena. Una lechuza, llena el cielo con su estruendosa sentencia de muerte. La noche es espesa, cargada de sonidos melancólicos y lamentos profanos. Con un sonido gutural, Jean Paul da la primera clave y cruza la cerca. Ya está en la finca de Jony Barbero, el Power man. (2)

Veinticinco años de agonía pesan sobre él. Cansancio que cala los huesos. Absurda agonía que encanece. Un fastidio estéril frente a los jamaicanos sumisos. Cruza la cerca y se detiene para aguardar la señal de pase. Imágenes de su antigua tierra en Santa Lucía, pueblan la noche. Maldita ingenuidad que le hizo renunciar a tanta hermosura, a cambio de una indomable selva que sacrifica los hombres en pro del progreso de un pueblo que no era su pueblo.

Ingenuidad también. Crónica ingenuidad que sueña con un mundo mejor. Regresa la imagen casi olvidada del inglés, murmurando un francés ininteligible. "Mucho dinero, mucha

(1) Algunos de los inmigrantes eran de colonias francesas.

(2) Obeahman o brujo.

fruta, muchas ventajas del gobierno. Pueblo atrasado pero amable. Ninguna resistencia a la colonización. Tierras mientras estén en Costa Rica y un barco para regresar cuando gusten”.

“C'est tres bien”.

Puerto Limón. Pensar un sitio de hadas, con las ventajas que un santaluciano puede soñar y el regreso garantizado.

Solo se arriesga la propia vida. Y después de todo, la vida es siempre un riesgo. Además, ciudadano francés que era, Francia protege a los suyos de todo peligro. Tierras mientras estén en Costa Rica y un barco para regresar. “Vive la France”.

La esperada señal se dibuja a luces en la paliducha faz de la noche. Un leve toque de tambor lo saluda y avanza. Cruza la segunda cerca pensando en el olor a hierba quemada: una vieja gorda estará en el centro desencantando el altar, bajándola a tierra para que la pueblen los dioses. Sí, los jamaicanos son unos irresponsables, unos conformistas, unos esclavos.

La muerte cercena mil vidas en las primeras veinticinco millas. La muerte acecha en cada recodo. Y los jamaicanos siguieron trabajando, indiferentes a todo. Fieles a Master Keith.

Un ferrocarril de sangre, piensa, un ferrocarril de sangre. Piensa y sigue su ruta olfateada. Piensa y sigue su rencor acumulado.

Su hermano muerto en los trabajos del Río Matina, cuando una viga del puente le extirpó la vida en medio esternón. Su muerte fue una consecuencia directa de la indiferencia del capataz, un inglés de esos, de puro en boca y chaqueta blanca. Fue cosa del andamio. Si hubiesen reforzado el andamio, conforme lo pidieron los trabajadores.

En el entierro Jean Paul habló a los concurrentes. Les hizo ver —las lágrimas corrían por sus mejillas de pueblo— la injusticia fundamental de la muerte de su hermano, y los llamó, llamó a sus compañeros a una huelga total para obligar a la com-

pañía a tomar posiciones más consecuentes con las demandas populares.

En el entierro habló Jean Paul, como otrora hablara un Bautista en el desierto. Los de Santa Lucía. Los de St. Kitts. Los jamaicanos en cambio dijeron, "cho", y siguieron doblados sobre el riel, porque Mister Keith es bueno —dijeron— bastará quejarse a él.

Los guardianes del templo detuvieron a Jean Paul en los lindes de la propiedad del cholo Bigs.

"¡Ah, es usted frenchí! Pase . . ." Misael Drapeau lo acompaña hasta la última pasada y allí, le desea la mejor de las suertes. "Tengo ganas de volver donde la Constance" —le dice.

Jean Paul piensa de nuevo en una tierra lejana con luces y a pesar de la noche, se hizo sol en sus ojos. Sol ardiente en el fondo de su ser.

Eran dos seres humanos. Dos hombres. Pero en la solidez de la palabra una sola mano ancha cubre el universo.

La vieja gorda, desnudos sus exagerados pechos, estaría decorando el altar.

La vieja gorda, desnudos sus exagerados pechos, está decorando el altar. La tierra tiene un olor a misterio. El olor, un sabor a plomo. A plomo amargo que se hunde en el mar.

"Mamá Bull".

Su memoria busca los retazos de pasado que integran su absoluto. Su mano tiesa, su maletín colgando, "Jesús": ¿no pagan hoy tampoco? La compañía no nos ha pagado en tres meses. ¿Hasta cuándo vamos a aguantar? Y el último pago fue con vales para el comisariato. ¿Hasta cuándo?

Era ya la hora de la protesta. La hora de los brazos caídos, del trabajo lento, del sabotaje, como en las viejas haciendas esclavistas. Como lo habría hecho su bisabuelo. Los trabajadores viven del crédito dado por la compañía, consumiendo su salario sin darse cuenta, en los comisariatos. Era la hora de actuar.

“Mamá Bull”.

La vieja gorda se separa un momento de sus piedras sagradas. De las invisibles imágenes y dioses. La oye decir unas palabras que no pueden comprender los mortales. Y luego, simplemente, “La fogata, eche leña a la fogata”.

La fogata arde, iluminando las figuras de los miembros de la secta en la densa noche. El golpeteo parco de tambores rompe el silencio con su tétrico ritmo deliberadamente insistente, pero, a su manera, hermoso. Los cuerpos se ponen en movimiento uno a uno; las voces se integran con ardor intemporal.

“Viajemos unidos al Río Jordán
donde suena gozosa angelical
la palabra que mueve la gracia que se da
viajemos unidos al Jordán . . .”

Gritos ahora. Gritos insostenibles que rompen la armonía cada tanto, agregando en el mismo acto de la interrupción mayor profusión rítmica. Los cuerpos en movimiento de abanico, ahora abajo, ahora arriba, respirando fuerte, jadeando . . .

Giran contra el reloj; gruñen su canto hermoso, tétrico, palabras que hacen temblar al más valiente de los jamaicanos. Pechos de hombre al desnudo, pechos de mujer al descubierto. Hábiles piernas masculinas y femeninas. Golpeteo de tambores con redobles caucásicos. Significantes africanos. Cadencias caribes. Humedad de sudor sobre los cuerpos que caen en estado cataléptico durante horas. Fugaz lamento de una lechuza que cruza el espacio con su cargamento de muerte dibujada en su frente. Turbador sonido que surge desde el fondo de los huesos, trémula voz, asombro en la virginal selva.

“Se hará lo que Jean Paul dice . . .”

Mamá Bull es bella como una piedra al rojo vivo. Es buena como una pantera que protege a sus hijos. Es fiera implacable frente a sus enemigos. “Se hará lo que Jean Paul dice”, eso estaba ya sabido. Pero nadie tocará a los jamaicanos.

—Son lo peor . . .

—Son unos serviles . . .

—Son negros como nosotros.

—No son católicos . . .

—Son negros como nosotros. Y además, hay algunos que se han hecho hermanos nuestros.

Y aunque aguanten pasivamente son trabajadores y sufren igual que nosotros.

—Se hará lo que Mamá Bull dice, porque Mamá Bull es hermosa como Otto, el viejo dios de los ancestros. Es Dios invencible que vuelve en cada ceremonia para acabar con el mal. Es Cuminá que regresa y danza con el cuerpo del creyente. Es palabra que acaba con el mal ajeno; palabra que debe oírse. Palabra final.

Así la noche, hundida la noche, entre el olor suave de hierbas cansadas.

Así la noche se embriaga en infusiones. Así la noche deviene hacia la madrugada. Mamá Bull baila su mejor danza, sus pechos como alas enormes de murciélago que se baten al compás de lenguajes y de percusión. Así la noche deviene hacia el amanecer.

Jean Paul organiza la lucha. Cada quien su cargo. Los que van a negociar. Los que quemarán el comisariato. Los del sabotaje. Los que dañarán cosechas. Y definieron los pedidos con claridad meridiana en cuanto al salario completo y el barco para regresar a su lejana isla, donde los hombres tenían una largamente aplazada cita con la Constance.

No se tocará a los jamaicanos. Así la noche deviene hacia el amanecer.

Mamá Bull es hermosa como Otto. La voluntad de Jean Paul se impone.

La rebelión duró un mes. La Guardia Civil llegó al Puerto al mando de un tal Capitán Castro, o Pérez, o López. Acabaron

con los sueños de Jean Paul. Y acabaron con los ritos y danzas del pueblo. Y los deseos de los hombres de volver a mirar el rostro de la Constance.

Enterraron a las víctimas en fosas comunes y con la ayuda de los jamaicanos persiguieron implacablemente a la Hermandad Pocomía. Diz que tenían un niño cautivo. Mamá Bull es tierna con sus hijos como una pantera, fiera vengativa ante sus enemigos. Cuentan que fue la postrer víctima de la rebelión pocomía, y que al morir entre la selva violenta y el sol que abraza la piel, maldijo a todos los jamaicanos de Limón.

“Como cangrejos en barril serán siempre —dijo con su último aliento— ninguno saldrá nunca porque el otro se lo impedirá”.

Jean Paul murió una muerte sin memoria en la Isla La Uvita, acribillado a balazos. Dicen que fue ultimado por un negro.



CR861.44
D912 la
FI 14719

EL MAYOR

Desde el fondo de la copa se eleva el reflejo de la luz, centelleando luz hacia los ojos de Fernando. Miró a sus compañeros en los ojos. ¿Por qué tenía que tocarle a él esta ingrata tarea? ¿Por qué a él? ¿Y Mariela? ¿Qué pensará Mariela?

Don Orinaldo fue quien hizo el mejor discurso la noche de la fiesta, cuando, como un acto de reconciliación con la familia, celebraron juntos su ascenso a mayor. Porque había caído en desgracia desde que decidió ingresar a las filas del Resguardo Fiscal, lo cual fue considerado una traición al prestigio familiar. Esa noche, don Orinaldo tomó la palabra, para sepultar la mala impresión dejada en el círculo de amigos:

“Hoy nos sentimos orgullosos de tener entre nosotros a este muchacho, en quien hemos tenido una inquebrantable confianza . . . Fernando Lugones Cabrales, contó con el apoyo de su padre en todo momento y desde luego no era para menos . . .”

Cerca de don Orinaldo, Mariela miraba al Mayor, sonriente. Fue la primera en consagrar la tradición entre los amigos. “Mayor” —dijo, sonriente, “Mayor Fernando Lugones Cabrales. Suena bien.”

Los otros compañeros de barrio habían seguido todas las carreras universitarias.

Pero en el acto del ascenso, la familia se redimía. Ya Fernando estaba a la altura de los suyos, como lo señaló don Orinaldo.

“Felipe Lugones, primero. Félix Lugones luego. Y ahora, Fernando Lugones, el Mayor”.

Tenía mucho que agradecerle a don Orinaldo. Mucho. Puso la copa sobre el mostrador y mirando a sus hombres con firmeza dio la orden de partida.

—Vamos a agarrar a ese cochino contrabandista...

—A la orden Mayor...

Salieron del bar. El camino enfilaba sin dilaciones hacia la hacienda de don Orinaldo.

El Mayor era implacable, decían los rasos, implacable como Jehová. La gente agachaba la cabeza al verlo pasar, como si todos cargasen una culpa colectiva desde tiempos incontables. Un peón abrió el portón, para dejarlos avanzar hasta la casona, donde el Mayor, desmontándose con elegancia dirigióse a la puerta.

Mariela lo había visto venir y lo aguardaba, la sonrisa de siempre dibujada en su rostro.

—Hola, Fernando...

(Mariela, ¿te casarías conmigo? Cuando quieras, Fernando).

—Hola... busco a tu padre...

—Yo te lo llamo. ¿Cómo está don Félix?

¿Don Félix? Recordar la infancia, mientras Mariela se retiraba, seguida por las codiciosas miradas de los rasos. ¿Cómo está don Félix? ¿Era una manera de insultarle? De niño le gustaba ir a la pulpería de su padre y jugar de dueño. Allí aprendió a mezclar la cera, la manteca, el aceite. El arroz de a ochenta céntimos y el de a colón se mezclaban para suavizarlas. Las

diminutas piedras en los frijoles le daban mejor sabor. La sal mojada rendía más. “¿Cómo está don Félix?” ¿Por qué una pregunta tan inoportuna? Don Orinaldo surgió del mismo punto donde se había hundido el cuerpo de Mariela, saludando ritualmente.

—Siéntense . . .

—No gracias . . . —respondió el mayor censurando con la vista a los que se preparaban ya para aprovechar la invitación.

—Venimos en una penosa misión . . .

—¿Penosa misión? —el mayor era implacable —dicen— implacable como Jehová.

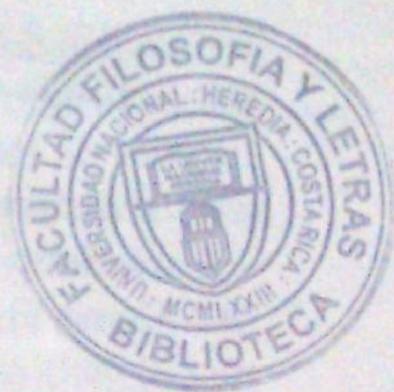
—Sí . . . esto . . . —dijo, extendiéndole una orden judicial.

Doblegado —ya no era el orgulloso amigo que dio el discurso en la fiesta de reconciliación— cayó sobre el sofá.

—Pero Fernando . . . ¿tenías que venir a pleno día . . . uniformado y en compañía de un pelotón? . . . Se están cobrando lo de las elecciones . . . Son unos cerdos.

—Don Orinaldo . . . yo . . . tengo un deber que cumplir . . . la amistad es aparte . . . Golpeaban su memoria remotos ecos. Fernando Lugones Cabrales, el Mayor, en la copa cansada, viejo pretérito, viejo esclavo. El mayor es implacable —dicen los rasos— implacable como Jehová.

Fue Mariela la que llamó al médico. Pero su auto se detuvo frente al portón de la hacienda. La puerta tenía ya un intenso olor a orfandad.



EL CANDIDATO

Desde el pequeño radio de transistores el murmullo crece. Pienso en las horas pasadas, la multitud en torno mío, sus ojos ávidos de mi palabra y me niego a creer en el murmullo. ¡No puede ser! Tengo la mirada dolorosa si el espejo del baño no me miente. Tengo la mirada dolorosa e hiriente.

Piensa, Olman, piensa. Afuera te esperan ellos. La ira irá creciendo en la palidez del cuarto. La mirada de sabueso en los ojos de Chaves Montada va a terminar sacándote de quicio. De pronto, como dos potros encabritados, acabaremos exhibiendo nuestra debilidad frente a los delegados.

Piensa, Olman, el desafío no va a remediar nada.

Salgamos, pues.

—¿Viciados de nulidad? Viciados de nulidad están ustedes —realmente Chaves Montada está alterado—. Se dejan arrebatar un triunfo seguro así porque sí. Son unos ineptos . . .

Mi propia voz lo interrumpe, casi a tientas en el espesor del cuarto. Y sé que es tarde ya para evitar el enfrentamiento.

—Escuchá esto . . . —tomándome todo el tiempo posible, atraigo la atención de los delegados. Sus ojos recorren mi ros-

tro, buscando una justificación para cada uno de sus actos. Tomo el tiempo necesario, para recordarle a Chaves Montada que después de todo, yo he sido el Candidato, el Candidato, el conductor de las masas, el caudillo.

—Hubo fraude— como Adán pronuncia la primera palabra. Como el eco de un tambor yoruba. Como la queja inmemorial de la quena.

Chaves Montada es el conductor de las masas. Me cuesta reconocerlo, me duele reconocerlo, pero es la verdad.

—Primero se dejan ganar —sus ojos centelleaban con la furia acumulada en meses de protestas, de consejos, de desesperada cruzada contra lo que consideró una dirección equivocada en la línea del partido. Ahora, nos podía calificar de mujercitas.

Nos podía decir flojos. Nos negaba todo derecho a la palabra, porque la nuestra tenía para siempre la mancha de la derrota electoral.

—Si hubo fraude vayan a probarlo a los tribunales . . . Y si no lo pueden probar cállense la boca.

Dije que nadie estaba llorando, sino que era una cuestión de principios. Pero confieso que mirando los tensos rostros, la palidez del cuarto cuajada en tantas frentes, las siluetas de todos como espectros se me clavó aquí en el plexo.

—Hagan el ridículo si quieren —dijo— pero conmigo no cuenten.

Como palabra ajena mi propia voz dice que de todos modos apelaremos.

Los delegados, perplejos, no se atrevían a intervenir. No nos conocían como dos seres humanos, capaces de discrepar el uno del otro. Hasta ese instante de enfrentamiento obsecado, éramos una sola imagen. Un solo concepto: la dirección del partido. Una sola voluntad, amalgamada, más allá de todo cisma.

Estupefactos ahora, presos en la destrucción inesperada de sus mejores mitos, veían hundir sus pies suelo abajo. La derrota iba a marcarnos siempre.

Extendiéndose como una enfermedad contagiosa, irritando glándulas, enfrentando personalidades, despertando viejos rencores. Y así, alguien tenía que definir de una vez la línea de autoridad. Luego, la línea de autoridad es hoy indefinible. Es decir, la sombra del cerro y el cerro mismo. La palabra y el eco de la palabra en la cavidad ajena.

—Señores . . . eso es todo —necesitaba desesperadamente que se fueran. Que me dejaran tranquilo. No, Chaves no. —Quisiera unas palabras con usted compañero . . .

Los delegados se ponen de pie con la fuerza de mi voluntad. Solo Chaves Montada no.

Hay hombres que están por definición más allá de nosotros, rebeldes, es decir, libres.

De la mesa recojo dos copas y las lleno de ron. La luz centellea en el líquido. Dolorosamente el aura de Chaves Montada, cubre el aposento.

—Tenemos que fingir un golpe . . . Es mejor ir de una vez al grano.

—¿Un golpe?; ¿estás loco?

—Con el apoyo de Alvaro, claro . . .

(Pero me dijo que yo estaba loco, totalmente loco. Porque él no había ido a las montañas, a las selvas, a los suamos, para volver victorioso en defensa del sufragio, para que yo, precisamente yo, su antiguo compañero de armas, pretendiera ahora romper en pedazos su obra. Chaves Montada no era un pirata.

No.

En medio de sus gritos logré exponer mi plan: poner a algunos a darle un golpe a Alvaro, y luego aparecer yo como el

caudillo salvador de la república, devolviendo las cosas a la normalidad. Era el desenlace lógico de nuestra estrategia.

Pero definitivamente Chaves Montada estaba fuera de sí. En la revolución él había luchado por la decencia, y no era para meterse a bestia a estas alturas. Y claro que los opositores dicen que en Costa Rica nunca hubo revolución, pero lo dicen por envidia o por resentimiento. Y yo perdí los estribos. Dije que antes de su tan nombrada revolución mandaban los cafetaleros. Y agregué que después de su tan cacareada revolución seguía mandando la clase cafetalera. Y dije que todo había sido reformas a medias.

Y él estuvo luchando en las montañas cuando yo era niño.

Y si me dijo compañero de armas era por cortesía, porque yo me limitaba a llevar los recados. Y él no había combatido en los suamos —me repetía una y otra vez para terminar de pirata).

Por la espina dorsal la derrota camina. Me traiciona el amigo. Sin él no hay golpe.

Veinte años de ira dibujan una marca horrible en el espejo que no logra menguar la pasión que me carcome. (Luché por vos como una yegua. Nunca aflojé ni eché atrás en nada. Hice mandados, sí. Treinta años atrás hice los mandados. Busqué los votos desesperadamente. Vos lo sabés. Merezco el triunfo. Si no gano la presidencia ahora, moriré frustrado. Definitivamente moriré frustrado por culpa tuya. Porque en el momento más terrible de mi vida, me has negado tu apoyo. Traidor).

Chaves Montada se me queda mirando cuando salgo del baño y afirma que liquidará al Bigotes con tal de que yo logre una nueva candidatura. Dice que no durará mucho el prestigio del gobierno actual. Dice que es preciso que yo comprenda eso.

Afirma que aun soy joven y puedo esperar, que total cuatro años pasan rápidamente.

Sé que el día pasa, que la noche llega, y que esa interminable sucesión mina la existencia, la juventud y las oportunidades. Pero sé que la rebelión es la única vía posible. Tengo la respiración jadeante, y me falta el aire y la voz; me falta el tiempo y la gana de esperar cuatro años una oportunidad que a lo mejor vuelve a frustrarse. Las largas horas de privación, servilismo, conformidad con las decisiones del "partido" tomadas siempre por Chaves Montada y transmitidas por mi a las "bases".

(Intenté por última vez la salvación del mundo.

—Cuando me tocaba a mí me bloqueaste. Según vos, mi ascendencia podía influir.

No están preparados todavía —dijiste— todavía no. De modo que aguardé mi turno.

Aguardé mi turno porque vos dijiste que yo era además joven y era necesario promover a Alvaro. El tenía que consolidar tu tal revolución que quedó guindando. Y ahora yo pago los errores de todos . . .

—No es que la gente te odie —dijo al salir— es que desconfían de vos. Y la culpa es de esos idiotas que manejaron la campaña . . .)

Ciego, lanzo detrás de él el vaso vacío que se estrella en la pared rompiéndose. Los delegados se asoman a tiempo para que les diga que esto no es un circo. Sus pasos ligeros sobre las gradas me causan una cínica sensación de alivio. Salgo a la noche tras sus pasos.

Cuando sales a la noche que se tiende delante de ti a través de nubes y luces, e invade tus ojos, cierre los ojos, Olman, deje que los recuerdos se alojen en tus manos como piedras pesadas que querrías dejar caer. El aire será frío. La ilusión de miles de rostros llegará a tus párpados. Tu propia voz, como un gigantesco imán: de pie, hombres de lucha, de pie.

El gobierno oligárquico que han elegido, terminará definitivamente con la posibilidad de una revolución por ahora, impulsado por ustedes. Desde un radio ajeno el eco de los votos del contrario, pregón interminable. Solo los votos del contrario. Zumbido de insecto, Olman, zumbidos de insecto.

Necia sentencia del pueblo que ha dicho NO a la esperanza. Entrarás a la casa para recoger tu saco, dos pañuelos y un billete. Saldrás de nuevo, abrirás el garaje. El radio del auto que habías dejado puesto volverá a llenar la noche con su interminable son de juicio final. Romperás el radio y dejando el auto, empezarás a andar. Pensarás en Marilú, la maestra aquella en una escuelita de Talamanca; en sus ojos, en sus caricias, en su voz. Pensarás en el café chorreando, pan de maíz, y la sonrisa franca y cómplice del vecino.

Y sabrás que todo esto ha sido inútil. Todo, incluso la estructura del partido, los comités burocráticos, la táctica y el servilismo. Sabrás que la rebelión es la única llave. Pensarás en Marilú. Marilú tiene manos de pueblo. Marilú tiene besos de pueblo. Besos que no han conocido la interminable sucesión de votos del contrario y aman entrañablemente sobre la joven faz de la tierra sorprendida; y a Chaves Montada, Alvaro, Bigotes y a todos los demás, los mandarás al carajo.

LA LLENA

Fue un golpe seco, total.

El y la casa, la casa y él. Los dos vibrando, y el silencio que desfila en sus tensas venas.

Obligó a su esposa a reaccionar, sacándola de su plácido sueño con una patada. Recogió al niño, estrechándole con la ternura masculina de un padre recio.

Y gritó a todo pulmón para que Marion se diera cuenta de la presencia inconfundible de la llena.

Un rayo, abandonando su acecho, aceleró el pulso de las tinieblas. La voz de Marion, traspasando las paredes, difundióse en la noche impersonal. La angustia crecía en Rogelio, su corazón vibraba con el doloroso ruido del trueno, que ya para entonces, había levantado su fuga hacia la incalculada distancia de todas las cosas.

—Rogelio, ¿qué hacemos? Rogelio . . . la casa se está moviendo . . .

Reiterando lo obvio, Marion pretendía acaso estar más segura. Como si su voz tuviese la magia de detener la tempestad. Pero la casa se movía a pesar de ella, y no había más que aferrarse a la nada y echarse a andar. Aguas turbias de un

Reventazón desenfrenado. Color kaki. Olor cansado que cargando la casa la hacía inhabitable. Salieron. El agua a la altura de los hombros, el niño sobre los pies de su padre. Alcanzaron el árbol. Treparon a pesar de la profunda repugnancia que ella sentía por la savia mojada. Abajo, el Reventazón seguía violento, negándose de nuevo a respetar los linderos de su cauce, su rugir salvaje porta-piedras, "matárboles" modelando una nueva geografía en la Suiza. Más abajo se lanzaría con ímpetu sobre los banales, devastándolo todo a su paso.

Devastando también sueños y esperanzas. Sangre y esfuerzos.

—Rogelio, el niño... agárralo bien fuerte...

Pasaron las horas. "Rogelio, el niño... agárralo fuerte..." hasta que el cansancio la traicionó. La oscuridad era total. La lluvia no conocía límites. A lo lejos, bramaba el ganado un aliento moribundo y final. El árbol sobrevivía de pie los impactos de piedra madera y agua y Marion rezaba impotente rezo que se subía por el árbol donde acaso un millar de veces han andado las serpientes.

Sus manos estremecidas cedieron. La piel pringada por la desesperanza traicionaron a Marion también. Estaba cayéndose. Viaje seguro hacia una muerte inevitable.

Pero aún así, el bramido del ganado continuaba, viajaba en la lluvia, y se estrellaba al filo de la media noche, con los gritos de Marion que se resbalaba sin remedio.

El tuvo tiempo de sostener al niño entre sus dientes y agarrar a su esposa con la mano libre. La detuvo lo necesario para que se aferrase al árbol y luego, su mano tierna de padre recio buscó con avidez el cuerpecito de su hijo.

A la mañana siguiente fueron los gritos de Marion los que atrajeron a la patrulla de rescate. La encontraron en el árbol, junto a su esposo, fría y casi desnuda.

A él lo bajaron también. Se aferraba tan entrañablemente al amor, que, a golpes, tuvieron que arrancarle la sábana vacía.



LA NOCHE DEL ARENAL

Contra la parca superficie de la tierra avanzar.

Dos siluetas tácitas, dos sombras insinuadas que materializan en sonidos. Sus intranquilos pasos.

El Arenal vomita de nuevo una enorme lengua de lava que revienta pavor en el espacio. Y en la idea. La tierra se retuerce con espasmos reptílicos. Mario y Carlos se detienen.

—Mario . . . paremos aquí un rato . . .

—Y, por qué no devolvemos de una vez . . .

—No te acobardés ahora . . .

—No estoy aflojando, pero francamente . . .

—Francamente qué?

—Nada . . .

Su imperceptible suspiro se integró a la hecatombe.

Carlos piensa en la tierra febril, las tardes de sol, el pasto verde, el sol mismo, él y ella, los dos cerca del ganado como una misma mancha en la tierra, los ojos semicerrados, escuchando el lejano cantar del viento contra miles de árboles frondosos, la sonora lejanía del valle; la blusa de María se abultaba y contraía en armonía total con el canto del universo.

“María”.

Risa suelta, caricia espontánea, beso dado a hurtadillas de los pájaros que no cesaban de sobrevolarles; tarde y sueño y soledad tranquilos.

— ¡Ah los diablos, está bravo! . . .

— Devolvámonos . . . De por sí, no podemos dormir con esta bulla. Y a como están las cosas . . .

— Descansemos un rato . . . es peligroso andar ahora . . . lo reconozco . . .

— Y será más peligroso andar mañana . . . y pasado mañana . . . y siempre . . . Esto es una locura.

La cabeza de Carlos crece, como crece también su decisión de no regresar sin María, o sin la certeza que para ella no habría regreso alguno.

Una débil claridad corta la conversación y la lluvia de ceniza, de toneladas de ceniza, sigue.

— Mario . . . ¿qué es esa carambada? — alcanza a preguntar Carlos antes de que un animal enloquecido saltara sobre él aprovechando también la débil claridad. Carlos lo esquiva y le alumbra los ojos. El animal gruñe, se mantiene clavado mirando la sorpresiva luz del foco y a los hombres bulto detrás de la luz. Luego carga con una nueva furia.

— Volale machete . . .

Callan. El animal sorprende a Carlos desprevenido, y hombre y can trezados ruedan.

— Tengo este maldito clavado . . .

Gruñe, ladra, se queja furiosamente, y lucha, decretando duelo final en cada gruñido.

Hombre y bestia, las mismas quejas, la misma desesperada miseria, idéntica a la miseria del hombre. Un aullido de lobo se clava de pronto en el esternón de Mario y la noche recoge el furor de su protesta. Mario no ha sabido qué hacer.

— Carlos, Carlos . . . — alcanza a decir.

El Arenal con espeluznante bostezo, calla a hombre y perro. La noche agoniza.

Indiferente a la tragedia volcánica, el amanecer se insinúa como ayer. De cuando en cuando la queja débil del animal vencido, parece implorar la muerte para ponerle fin a su agonía. O la vida entonces, para vencer la muerte.

Carlos también sangra. Sangre de temor rojo, coagulada en el vientre gota a gota.

Piensa que el perro puede estar rabioso. Piensa en María. Volver con ella.

—Se dijo —con la seguridad de que para ella no habrá regreso alguno.

Antes de salir de San José sabía cuáles eran los riesgos y le costó trabajo convencer a Mario que pagase de este modo el favor debido. Pero soñó una muerte diferente, heroica. La vida le traicionaba en las garras de un perro enloquecido.

—¿Estás herido?

—¡Nos rasguños apenas . . .

—Pero me parece que sangrás mucho . . .

—No, ni tanto. Lo que pasa es que la sangre está caliente ahora. Ahorita para.

—De todos modos, vámonos, vámonos de aquí . . .

—Sí . . . dejame un ratito . . .

El retumbo, el viento, el temor, el frío y la ira que crece como un tumor maligno; quizás la misma enfermedad del can, o el apego a la vida, Carlos contrae los puños, y se los muerde, para disimular su estado de ánimo.

Camina en dirección a los quejidos resueltamente.

Piensa en el amanecer que irrefutable aproxima al día. Está realmente herido. La sangre se escurre sobre su piel. Mario se alarmaría si al llegar la luz, tomaba conciencia de la gravedad de sus heridas.

Un ardid es la solución, la única solución. Es necesario que Mario busque el foco.

Lo hallará al amanecer y se volverá a la ciudad. A lo lejos por último acaso percibe la voz de su amigo y de fondo, el que-

jido angustioso del animal vencido. "Adiós amigo" —tiene sal en los labios— murmura y avanza. Sus pies trituran las piedras, sus huellas entre la ceniza rota, quedarán sepultadas bajo nuevas cenizas; la boca seca a pesar del agua que de cuando en cuando bebe salvajemente; un gruñido de perro que era ya el del perro vencido zumba en sus oídos, enloqueciéndole; loco, su tuga incontenible en el viento de noviembre, recio, violento . . . A lo lejos hierve el volcán Arenal su ira al cielo. Todavía más lejos, el sol cobra centímetro su imperio de ayer.

La evocó con total claridad, tendida en el barranco de cara al sol. Su blusa ondulante en la brisa sancarleña, sus pies descalzos, divina pereza que la convierte en vampiresa, suavidad que se palpa con la devoción de un anciano y se besa con el fervor del niño. El dijo que se iba para hacer dinero; al volver se casarían.

El suspiro del viento acariciaba el suspiro de María cuando se besaron. La blanca blusa de los cultivos en el sol de la mañana, la casa a lo lejos, bajando no más la lomita, la Naña, el Bufón papá, los suegros y cuñados en potencia, el humo apacible debatiéndose en el encuentro del viento, el beso prolongado, de piña dulce y esperanza, cortante como la cabeza-eguaró de la saca de su hermano, todo, todo conjugándose ahora en él, reducido, sintetizado en el vocablo trisilábico de una mujer feliz.

El Volcán Arenal revienta su visión en miríadas de fracciones. Siente la súbita ausencia de la piel; percibe el olor a carne derretida y un golpe huye barranco abajo con su conciencia.

EL PARTIDO

“Comer o no comer. Ese es ni más ni menos el problema real. Porque hace mucho, otros definieron mi ser: subdesarrollado, afrolatindígena, negro entre los blancos, blanco indio entre los negros, blanquinegro entre los indígenas y en todo caso, ser subdesarrollado, muerto de hambre.

Y si por lo menos pudiéramos ganar el partido.

Pensándolo bien, Aleluya Rodríguez es un gran sucio. Nada le hubiera costado darme el dinero y punto. Pero así es el mundo. Quiero decir, un hombre ve a otro ahogándose y se lanza a salvarle. El agua turbulenta estaba tragando al maldito. Y uno que es un poco tonto y otro tanto listo, y un tanto miope al mismo tiempo, se lanza al río sin medir las consecuencias —pudimos haber muerto los dos— ¿y qué? Quedó lo suficientemente agradecido como para prometer compensaciones y luego cometer el error de ponerme condiciones. “Ganen la serie y te doy los diez mil”. Un equipo novato como el nuestro, jugando contra el Saprissa el final de copa, y él con tanta tranquilidad nos dice que ganemos la serie. ¿Qué tal si yo le hubiera puesto condiciones para sacarlo del agua? Porque él estaba perdiendo la vida. Yo le estoy pidiendo un dinero para salvar mi futuro. Eso es: mi futuro está chueco.

Ya me imagino a los locutores empeñados en hacer una maratónica a mi favor y ayudarme a salir del atolladero. Ayudarme a salir, y de paso comprarse un auto los frescos."

El aire fresco de la mañana de diciembre se colaba por los ventanales. El autobús se deslizaba hacia la Sabana sin ritmo. La calle, hundiéndose delante del vehículo surgía atrás, para perderse en la nebulosa distancia. Guabo viajaba en el asiento delantero. Su rostro inexpresivo, su mirada fija en las espaldas del chofer, Guabo era trágico, y la tragedia de existir envolvía a ambos hombres.

Se han visto crecer con los problemas, luchando por definirse. Y ahora están allí, sin otro premio que la estela de inútiles esfuerzos. Juntos han crecido en la vida y juntos descubrieron la verdad: comer o no comer, ese es el asunto.

Amar o no amar. Cantar, acaso. La definición de su ser estaba dada a pesar de ellos una vez y para siempre.

Llegaron al Estadio Nacional en el preciso instante en que el fiscal empezaba a inquietarse. En orden, callados y cabizbajos se encaminaron hacia el camerino. Estaban nerviosos, un tanto agotados, vencidos antes de empezar el partido.

Con un empate podían ganar los otros, y adiós diez mil pesos. Y adiós campeonato.

¿Qué hacer? A partir del día siguiente el inventario era inminente. Y de nada le servía pensar con idealismo que en la ventaja de los otros podía estar su debilidad. Era el Deportivo Saprissa. La ilusión duró dos largos segundos.

Antes de empezar el encuentro, Gonzalo Marineró, el presidente del Club tuvo a bien conversarles sobre la importancia del encuentro. "Muchachos, yo sé que el accidente del Cholo ha sido un golpe para todos". El Cholo era un magnífico portero y no era chicha jugar con él. Porque había que verlo jugando. Con su figura de atleta indomable, enfrentando a los mexicanos que habían dominado durante el primer tiempo

pero sin romper el empate a uno. "Nos acercábamos al final del encuentro cuando el extremo izquierdo, escapando con la pelota disparó sobre la portería. El Cholo voló por el aire, y desviando lo suficiente para que el balón se estrellara contra el marco, levantóse a tiempo para trabar al delantero que chutaba de nuevo. La pelota quedó suelta sobre la grama. Era un gol hecho, consumado. Otro delantero mexicano corrió hacia ella para hundirla en la red, y terminar con su indeciso baile de trompo. Pero el Cholo se lanzó a sus botines con un arrojo impresionante para cobijar la pelota bajo su pecho enorme. Jugadores así no abundaban ciertamente y por eso no era chicha jugar sin él.

Pero Marinero decía que no se olvidaran que un partido se gana o se pierde de acuerdo al desempeño de once hombres.

Un poco antes de terminar su última frase, Augusto, el portero suplente, se puso de pie. "Ustedes son unos cobardes —gritó— yo soy el que debería estar asustado. Este es mi tercer partido en la liga superior, y nadie tiene que cambiarme las mantillas. El problema soy yo, ¿no es cierto? Pues bien, no sean pendejos: si están seguros de que cuanta bola venga sobre el marco va a ser gol, metan ustedes más goles al Saprissa y eviten que tire sobre marco. Dejen de lloriquear como Maricas. Me lleva el diablo con ustedes!".

Un nuevo silencio cubrió el camerino. Afuera, en las graderías batieron aplausos para recibir al Saprissa que hacía su ingreso a la cancha. El entrenador omitió su acostumbrado repaso final. Después de escuchar al novato Augusto, todos sabían exactamente cuál era su deber. Guabo salió a la grama. Su pelo algodónado destilaba un brillo negro en el aire de la mañana. Levantó las manos hacia las graderías, saludando a los eufóricos seguidores del Deportivo Sonora.

Luego, al mismo tiempo que sus compañeros, cruzó el campo a trote para ocupar su lugar. El árbitro estudiaba la

hora, sincronizando su cronómetro con los de sus auxiliares. Desde la escalinata popular, un grupo de fanáticos saprisistas cantaban vivas a su equipo. Un escalofrío intenso se hundía en su piel. "Marvin", oyó gritar a alguno, "liquide a ese negro".

"Probablemente me liquidan —pensó— porque después de este partido quién sabe".

Hubiera querido tener la certeza de que su hermano Martín estaba presente.

Eso le hubiera dado mayores bríos. En cambio, la que estaba era Aracely, su hermana menor, con su nariz chata y boca alargada. Era increíble que tuviese éxito como prostituta: pero él sabía que a ella le iba bien. Era negra, y precisamente por eso, exótica en una sociedad de blancos. En tal factor residía su éxito: los hombres suelen ser muy curiosos en cuanto al sexo.

La odiaba. Nunca la quiso en realidad, pero no se puede afirmar que la odiase desde el principio. Su aversión hacia ella llegó a su estado actual la noche de su boda.

Todo estaba bien. No la invitaron porque era demasiado conocida para asociarla con su familia públicamente. Famoso ahora, no convenía que descubrieran su hermana de vida alegre. Pero Aracely fue a la fiesta. Rita, su hermana mayor, se puso histérica: ¿quién te mandó a llamar a vos? —le preguntaba con furia.

Solo vine a conocer la mujer de mi hermano. Me contaron que era rubia y con ojos azules, y yo no lo quise creer. ¿Ella sabe que él es negro?

—El no es negro —respondióle Rita con honda preocupación— es moreno. Tiene un abuelo irlandés y otro de York.

—Es negro —dijo Aracely riéndose— y su mujer es india.

—Respetá.

—India... india con el pelo teñido. ¿Por qué nuestro hermano no se buscó una mujer bonita?

—Aracely, te puede oír . . .

—Ojalá me oiga: es india, fea y con el pelo teñido. Debe tener las tetas postizas.

El enfurecido hermano se levantó de la mesa principal, y agarrándola disimuladamente del pelo, la condujo fuera del salón.

“Tu mamá cometió un error —dijo Guabo para que lo oyeran los invitados— cuando adoptó a esa chiquilla.”

Rita le miró con admiración profunda: era genial la frase. Más tarde, ella misma la modificaría en privado: Mamá cometió un error estúpido, casándose con un negro al morir papá. Ella era casi blanca: no me lo explico. En el transcurso de la semana anterior al partido, él recibió dos llamadas telefónicas de Aracely: “Soy saprisista —dijo— y yo voy a ir al estadio el domingo para reírme de vos, y del idiota de Guabo, imal hermano! Y él, conociéndola no dudaba de su presencia en la grada popular.

El árbitro, desde el centro de la cancha, observaba atentamente el retiro del delegado de campo. Miró el cielo, como si en secreto dirigiese una plegaria al viento, rogando por su integridad física al final del encuentro.

Su pueblo era un pueblo pacífico —pensó el preocupado jugador— capaz de sacrificar casi todos sus derechos en nombre de la armonía. Muy pocas cosas podían despertar el alma adormecida del costarricense. Sin embargo, el fútbol era una de esas cosas. El también luchó de niño por la justicia deportiva.

Un silencio hondo se fue extendiendo por las graderías. Una nube blanca pasaba sobre el estadio. Podía imaginar el vuelo de su nombre en doce gargantas y hacia un millón de oyentes: la pelota reposa frente a los botines del Deportivo Sonora, el árbitro Luis Cuevas acomoda el pito en la boca, inhala profundamente; suena el pito del árbitro, comienza el partido, atención amigos fanáticos, mueve la pelota Guabo, pasa al Mulato Pérez, centra . . .

El polvo se levantó desde debajo de los botines, buscando un largo vuelo. Aleluya era un tipo infame. Pero Guabo conocía su problema y como buen amigo juró darle todo para apoyarle.

El deportivo Sonora había recorrido un largo trecho desde la tarde aquella en que Marinero convocó a los muchachos para iniciar el trámite de inscripción del equipo. Tres años. Y en ellos, la lista interminable de angustias, frustraciones, alegrías compartidas, necesidades y esperanzas. Tres años y medio partido. Por eso, cuando casi al final del segundo tiempo, Melico Pérez recibió el pase de Guabo desde media cancha, y bajando la pelota con una calma desesperante inició la tremenda carrera que lo llevaba hacia la meta, la sangre le hervía desde la vena inmensa.

Con un impulso instintivo subió el brazo hacia el medio cuerpo para mirar el reloj; sus desnudos brazos callaron, y él rezaba: árbitro, no pités ahora, no pités ahora . . . Virgencita . . .

La pelota en vuelo límpido desde sus botines —alguien en la gradería popular encabezó el prematuro correo del gol— cobró velocidad y altura, y se detuvo en la conciencia de todos en el espacio de área chica, antes de precipitarse definitivamente sobre la portería.

Los fanáticos del Deportivo Sonora ya estaban conformes con el empate a cero.

La verdad era que un segundo lugar después del Saprissa no dejaba de ser una proeza para un equipo novel.

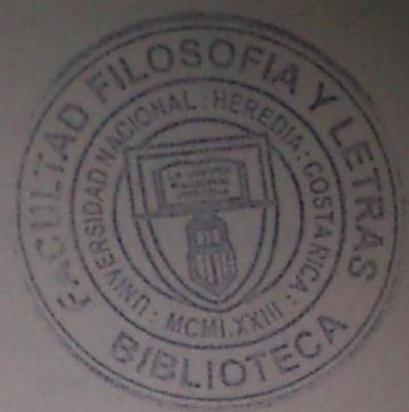
Melico vio al portero lanzarse al aire, hacia el punto exacto en que la pelota penetraba la meta. Caía sin control, olvidando sus frustradas aspiraciones, en tanto los fanáticos estallaron en un sonoro y prolongado ¡Gooooool!

Cuando recuperó el uso pleno de sus facultades, vio a Marinero tendido en el suelo, llorando, y a los compañeros que

le alzaban en hombros, y Guabo decía algo que Melico no llegó a comprender. En hombros cubrió el espacio entre la cancha y las graderías, levantado por un alegre ¡ganamos, ganamos, ga-na-mos!

Afuera le esperaba una negra llorando, para abrazar y besarle.

—Gracias —murmuraba Aracely Brown— gracias Virgencita. Gracias . . . gracias . . .



EL ENGRANAJE

Se conocieron una mañana, mientras trataba en vano de abrir un coco.

Luego llegaron a ser inseparables, conforme se expandía el tiempo.

Pablo y Paco se enamoraron de Andrea antes de que Lucho la conociera, y en cierta forma, su ingreso a la pandilla se debió sin duda al esfuerzo de ambos muchachos por neutralizar o por lo menos atenuar la influencia del otro sobre su común amiga.

Está ahora frente a ella. El sudor ha dibujado luces en el rostro. Los cuatro, como una vibración indefinible, sudando...

No crecieron en medio de tales tensiones. Se revolcaban los cuatro en el barro, como si tal elemento les fuese natural. A Andrea los vecinos le pusieron un apodo: Macho-macha, porque no podían comprender la extraña, prolongada e indefinible relación con los muchachos. Indeleble apego que los hacía ser el uno complemento del otro, en una asociación libre, voluntaria, pero firme. Y en ese voluntarioso aferrarse, se realizaban.

Doña Drusilda tuvo muchas quejas y consejos. "Andrea ya es una señorita, y los muchachos de ahora no respetan

nada". Pero nunca fue posible separar la cuadrilla. Dormían los cuatro en la casa de cualquiera de ellos, inutilizando con la sátira todo esfuerzo por domesticarlos de parte de los mayores.

Desde la cuna hubo lazos entre ellos. Doña Drusilda dio de mamar a Paco y a Pablo cuando su hijita murió. Los estuvo alimentando con la espesa vitalidad de su propio pecho, hasta la edad de tres años. Andrea llegó a la casa de cuatro años, y nunca quiso irse. Lucho entró a un engranaje perfecto haciéndose uno con ellos, fundiéndose en ellos.

Pero ahora solo el silencio y el sudor los une.

—No estoy dispuesto a seguir en esto: me voy...

—Naciste marcado Paco, como cualquier sarnoso. Date cuenta de eso.

—No soy ninguna vaca...

—Paco —la voz, como aroma de alguna flor, dibuja magia onda a onda.

—No estoy marcado —dijo en tono más bajo— no soy un animal. Eso es todo.

Muchas veces al atardecer bajo el flujo sutil de la corriente se bañaban juntos, sin que la desnudez del árbol les hiciera daño. Y comían los cuatro lo mismo, plátano asado, carne de iguana y guayabas. Sus juguetes fueron siempre pedazos de madera, piedras blanqueadas y tarros vacíos. La suerte de uno se entrelazaba a la suerte del otro de tal manera que cuando se enfermaba uno, enfermaban todos.

Aparte de la carne de iguana, nunca vieron sino plátanos y otros alimentos similares, comunes a los niños de la Calle Balmoral. Las excepciones eran las veces en que Lucho cazaba algún conejo, o Paco robaba unas libras de carne en la ciudad. De la leche tenían la vaga imagen del mínimo contacto.

No aprendieron a escribir mucho más que el nombre. Pero Lucho leía bien. La cuadrilla vio crecer los vellos de los muchachos y los sitios de Andrea transparentando feminidad. Y entonces la amistad se fue haciendo indomable, total.

Pero un día habría de romperse la sutil magia del primer estado. Leticia llegó a la calle Balmoral a buscar a doña Drusilda. Duele perder lo que fue nuestro.

Duele siempre.

La vergüenza entró a la calle, los focos encendidos, abriendo paso entre el silencio, cauteloso, balanceándose lentamente, piedra por piedra, como un monstruo blanco, brillante, sereno, más allá de la miseria de la calle. Y los muchachos se sintieron apenados por primera vez, en su propio medio. Querían ocultar su congoja en definitiva. Aquella su calle, llena de sobrantes, olores, angustias, y el potrero de iguanas al fondo. Muchos pensarían en las imágenes veloces de la carretera; mundo de ensueño, más allá de su alcance, inasequible para los niños de la calle Balmoral. Los más pequeños huyeron como lo habrían hecho en la carretera. El terror venía con la pena, y mil ojos observaban el vehículo desde las ventanas.

Y Lucho tuvo su primera noción de desarraigo: de pronto, su calle no era su calle de todos los días. Y los vecinos pensaron que era el viejo, el dueño, que los podía echar en cualquier momento, ¿y hacia dónde irían?

Una muchacha delgada, rubia, salió del auto, dejando la puerta abierta.

Miró hacia ambos lados de la calle, con ojos largos, imprecisos, señalando la casa de doña Drusilda, en tanto que el chofer apagaba los motores. Con firmeza, sus pies delgados, frescos sus ojos vivientes, puros, caminó hacia él. La vio acercarse, ángel, agua, sol . . .

—Hola —y él no decía nada —¿conocés a doña Drusilda? —y él pensaba si su respuesta podría o no perjudicar a la mujer que había hecho para cuatro huérfanos, las veces de madre— ¿la conocés?

—¿Para qué la quiere? —y fue ella entonces la que, enmudecida por la inesperada hostilidad se resignó a mirarle.

—Es que . . . yo soy Leticia . . .

— ¡Leticia! —la voz de doña Drusilda evitó que él le respondiera alguna grosería sobre si se creía Santa Claus para que todo el mundo la conociera. Leticia, ¿qué hace aquí?

Había en la voz de doña Drusilda un sobresalto incomprendible para él.

—No entre —dijo— te vas a ensuciar la ropa.

Y Lucho supo por primera vez que a pesar de los esfuerzos incansables de doña Drusilda su casa no era limpia; que existían otras casas más limpias que sus pantalones ajados, rotos y remendados un centenar de veces.

—¿Quién es? —eso tendría que haber preguntado él.

—Se llama Lucho. Es uno de mis muchachos. Pero, ¿qué hace aquí?

— ¡Uno de sus muchachos! ¿Todos son así de guapos?

Se le olvidó el perfume fresco de la voz de Andrea, la sensación incontaminada de su cuerpo emergido del agua, la manera entusiasta de agarrarle las manos.

Lucho se sintió reducido a la inexpugnable condición de nadie.

Volvió en sí en la casa de Paco. Andrea le frotaba vigorosamente la espalda desnuda.

—Andrea . . .

—Lucho . . .

—Paco . . . Pablo . . .

Se negaron a ir con doña Drusilda. Pero una semana después tomaron la carretera a pie, los cuatro, desesperados por saber de su madre adoptiva. Lucho nunca pudo entender por qué, si la madre de Leticia estaba enferma tenía que ser precisamente doña Drusilda la que fuese a cuidar la casa, y ocuparse de la niña.

Cruzaron la ciudad despacio, convencidos como siempre de la lejanía de todo. Era otro mundo; nunca su mundo. Y se quedaron estupefactos, mirando su ropa emblanquecida por Andrea, pero rota, deslumbrados ante la enorme estructura de cemento con el número 425 en la Calle Felipe Segundo. Habían visto muchas casas así en la ciudad, pero jamás soñaron entrar en una. Por eso estaban allí, confundidos sin atreverse a llamar, hasta que una patrulla se detuvo para pedirles que explicaran lo que estaban planeando.

Recuperando su identidad, Lucho les hizo la señal de siempre. El policía también saltó al solar, y estuvo persiguiéndoles hasta que doña Drusilda, furiosa, le echó el perro obligándole a salir de la "propiedad privada". Leticia fue muy amable con ellos, los abrumaba un tanto. Sus juguetes, sus vestidos, sus libros y tanto, tanto dulce. La cama suave, ancha, caliente. El brillo dorado de la luz, el aire gradual, el olor a pino fuerte. El olor a pino fuerte y a buenas noches.

Cuando volvieron los padres de Leticia, los niños se habían convertido en niños mansos. Doña Drusilda se multiplicaba, cosiendo las roturas de sus vestidos, en su inútil esfuerzo por hacerlos compatibles con las libras ganadas por los muchachos durante esos días.

La madre de Leticia les compró una muda a cada uno, regalándoles además juguetes y zapatos. Y al regresar a la Calle Balmoral no fue posible disimular la conciencia de ridículos que se fue apoderando de ellos.

Ahora, frente a frente. Lucho sabe que los cabellos frescos de Leticia, sus ojos alegres, el perfume sutil que cubría sus vestidos, estarán ya eternamente entre él y Andrea. Porque el barrio nunca volvió a ser el barrio, ni la piedra, ni el río, ni el barro, ni la sencilla desnudez del árbol al atardecer. Se volvieron hostiles, celosos, sospechosos los unos de los otros.

El mundo de su niñez se fue secando. Los juguetes perdieron su brillo. La ropa nueva también necesitó remiendos. Frente a frente.

—Tenemos que decidir ahora.

—Es lo que digo. Estoy aburrida.

—Pero no les entiendo . . .

—¿Qué es lo que no entendés?

—Que por una cosa tan . . . tan . . .

Se le quiebra la voz porque él también sabe la dimensión cortante del frío.

—Naciste marcado Paco —Pablo repite por enésima vez.

Andrea se pone de pie para besar a Paco cerca de la boca. “Que te vaya bien”, murmura, lágrima y valor mezclándose en un abrazo final.

—Paco, no te vayás . . . insiste Pablo —hay que resignarse. Lo importante es seguir juntos.

—¿Resignarme? Nunca. Hay que luchar juntos.

—Sin embargo, te vas . . .

—Vení con nosotros . . .

—¿Nosotros?

Lucho se acerca para besar a Andrea. “Vos te jalás también”. Pablo se acomoda en el rincón más oscuro, cabeza entre sus cansadas rodillas, sin agregar ya palabra alguna, sin despedirse. Lucho camina por la Calle Balmoral detrás de Paco. Mientras se aleja siente el cuerpo frenético de Andrea, ardiente entre sus brazos. Oye su voz, “La odio, Dios mío, cómo la odio: maldita Leticia, maldita”.

Doña Drusilda agita las manos. Nublada en lágrimas su postrer mirada, en tanto los celajes se hunden y los ojos húmedos de Lucho empiezan a secarse.

LAS MANCHAS DEL OJO

Miro el rostro del médico odiándolo. Escupo al suelo. Manchas indefinibles, desfilan frente a mis ojos. Mi garganta, cargándose de flema despierta las náuseas que todos llevamos sin saberlo. Un asco indefinible cala cuerpo adentro.

¡Cuarenta años!

Un hombre no invierte cuarenta años para morir así, una muerte perfectamente natural, lógica, y corriente.

Total, a los cuarenta años, el cáncer doblega cualquier rodilla.

Tengo que salir de la ya despreciable presencia del médico y hallar un bar. Un cochino bar donde cualquier día la vida rueda entre un charco de sangre. Tengo que hallar uno de esos bares donde van siempre los hombres que sufren, y las mujeres sin futuro.

¡Duele!

Doctor, querría decir que usted no es infalible.

Decirle, ¿Doctor, está completamente seguro? habría sido un consuelo.

¡Cuarenta años! ¡Mal vividos! ¡Mal vividos mil veces! Fea se me antoja la burla del destino, jugada a un hombre que a nadie ha hecho daño.

Doctor, perdone, ¿pero está completamente seguro?, ¿o es que los médicos no se equivocan?

Miro el rostro del médico odiándole y escupo al suelo. Manchas indefinibles desfilan frente a mis ojos. Mi garganta cargada de flema, despierta las náuseas que todos llevamos dentro. Siento un asco indefinible y ganas de hallar un bar.

Doctor, ¿no se toma un trago conmigo? No, no esperaba que aceptase mi invitación, pero tengo derecho a preguntar, después de todo, le estoy pagando. Y ¿sabe?, en estos momentos me siento como si nadie . . .

Desde niño cargué esta soledad inmensa. Un trago, un bar, un amigo . . .

“Que recite Regis. Que recite Regis. Niña, que recite Regis. El fiel Stanford: niña que recite Regis”.

Los pies del niño sobre las gradas, tembloroso; su rostro sonriente, su boca entreabierta, los ojos encendidos como la luz. “Regis, Regis, Regis . . .” abiertos los ojos del niño, muy abiertos, sin manchas los ojos del niño. No es lo mismo estar allí frente a los compañeros, los labios listos para hundir un poema en los oídos ansiosos de su barra, y la maestra orgullosa: que recite Regis. Y él feliz. No es lo mismo.

Su padre salía temprano para el trabajo; su madre le escribía de vez en cuando.

Sus manos pequeñas habían adquirido la manía de construir patitos. Patitos que copulaban como las gallinas y los gallos. Eran tantas horas que llenar. “Que recite Regis”.

*“Tus ojos se abrieron como una corola
de flor temprana que el viento mece”.*

Y el aplauso, espontáneo, sincero, como premio a su terco aplomo, a su desafío al mundo. Un reto a todas las cosas.

Un grito de despecho y de autoafirmación. Sin manchas en los ojos.

—Profesor . . .

No era lo mismo. Lo uno, una sensación casi enfermiza, sensual. Lo otro la vanidad de seguir siendo. De no dejar de existir.

—Profesor . . .

Aferrarse a la loca ambición de trascender todas las cosas, de curtir su nombre en las letras de molde hasta cansarse del álbum y dejar que el mundo transcurra como ruido de un auto lejano.

—Profesor . . .

—Ah, perdone Doctor, estaba pensando. ¿Decía usted?

Y hoy, cuarenta años de barro y viento, sentado frente a un médico que hace un minuto empiezo a odiar, escucho mi sentencia de muerte y la amenaza de una larga agonía.

En estos momentos es que se aprecia la utilidad de un bar. La iglesia de nada nos sirve, porque no puede pedirle al Autor de la Vida que pase una copa servida por él mismo. Pedirle que modifique sus planes solo para no morir, cuando en el universo la muerte no tiene importancia. Lo que no perdono es la manera en que deviene la muerte.

—¿Cuánto le debo Doctor?

Pero, se me ocurre que no debo tomar. La sobriedad me resultará más tolerable. A la vida le hubiera sido fácil arrebatarme el aliento cualquier día, mientras el licor nublabá mis pensamientos. Así todo hubiese sido fácil. Pero quizá sea más simple resignarme ante lo inevitable, porque la muerte es nuestra sola prenda segura.

Solo que no soñé agonizando a los cuarenta años, una muerte lenta. La vida aplica su ley desde luego: a esta edad uno es demasiado viejo para morir de héroe o de mártir. Y demasiado joven para fallecer de viejo. Por eso muero de angustia, de cáncer o de un accidente de avión.

—Le haré un cheque Doctor ¿Me está cobrando todo?
¿Está seguro que no le debo nada más?

De nada me sirven sus descuentos ahora. No puede descontar en este solo acto material las faltas que la codicia ha acumulado sobre su cabeza.

Un millón de faltas. Pecados vividos en vano, porque el pecado pierde sentido cuando el pecador se arrepiente. No entiende que para un hombre ante la muerte, los servicios médicos no tienen precio. Necesito una semana de vida, y me ofrece un año. Vaya mundo irónico.

“Regis . . . ¡cuidado, una culebra!”

Salgo a la fría calle de enero sudando. El asalto repentino del viento hace penetrar el frío en mi espina dorsal. Y sigo con esa herida vertical, recorriendo a pie la distancia entre el médico y mi casa. ¿Para qué ir al bar?

“Regis . . . ¡cuidado, una culebra! . . .”

La muchacha sollozaba mirando la muerte levantarse del suelo y extender su látigo horrible hacia este muchacho de ciudad que desconocía los peligros del campo. El le sonrió a la víbora que, incapaz de moverse de sitio, ¡sonrió! Pero extrañamente. El animal intuyó en su gesto un deseo irracional de reconciliación —amada a vuestros enemigos— la gana inconsciente de recobrar la amistad perdida hacía tantos siglos. Silbando resignadamente su carga de mortalidad, dio vuelta para alejarse sin mirar atrás.

—La Hora . . . La Hora . . .

—Dame La Hora. De ahora en adelante, compraré todos los periódicos.

“Regis es más valiente que vos. Se enfrentó a una culebra. Una culebrota de este tamaño; ¡así de grande! Te lo juro: lo vi con mis propios ojos”.

—Setenta y ocho heridos fue el trágico saldo del accidente ocurrido ayer a las dos y treinta de la tarde en Quebrada Hon-

da, al precipitarse un bus lleno de gente a un guindo. El bus transportaba a manifestantes que regresaban de una reunión política en Puriscal.

“Te lo juro, aunque no querrás creerme es cierto. Te lo juro por lo más sagrado.

Le sonrió a la culebra y la culebra se fue”.

—Unidad para segundas elecciones . . .

Avanzar sobre la calle fría hacia ningún sitio. Avanzar. Para qué ir al bar. Mi casa queda cerca, y no es ningún sitio.

—Sin sancionar contrabandistas de Chomes.

Tanto ruido, insistencia, indignación y escándalo. Diputados cómplices, autoridades complacientes, y uno solo, un solo funcionario honesto que ha quedado en ridículo. Los choferes en la cárcel, y los responsables eximidos. Paso a la decadencia del sueño de viejos liberales. Costa Rica muere conmigo. La ley es el dinero. Vale la pena morir si detrás no queda nada.

La vieja casa de madera cruje bajo mis pies. Las vidrieras rayadas —Costa Rica muere conmigo— viejas paredes que se deshacen conmigo, polvo fétido que derraman en mi torno mi propia e inesperada senectud.

“Viva Costa Rica. Viva Regis. Noble Patria tu hermosa bandera”. Desde la niñez lo mismo.

Costa Rica muere conmigo, y así, no tiene importancia la muerte.

Entro a mi casa que cruje bajo mis pies. ¿Eres tú amor? ¿Cuándo aprenderá a hablar en tico? Tal vez iba siendo tiempo de casarme con ella. Es buena. Con su acento suramericano, y su fidelidad callada. “Apenas llegaste a tiempo. En estos momentos tengo que irme”.

No es vida la de las enfermeras. Digo, lidiar con enfermos, entrar a las diez de la noche, —hasta luego amor— salir a las diez de la noche, defenderse contra la agresión de los médicos

que tienen complejo de don Juan, y aguantar el enojo rabioso de las que, gastadas en la diaria lucha, se desquitan con sus compañeras. La vida de las enfermeras es dura como una piedra.

Y sigo solo. Demasiado solo.

El niño se escapó con el balón y hundiéndose en el área rival, se acercaba a la portería contraria con lucidez. Vio el rostro angustiado del portero, el silencio fatal de su momento. El balón, elevándose en vuelo de ave, se detuvo detrás, detrás del vencido contrincante en el fondo de la red. Regis, Regis, Regis. La gloria de cada momento apuntaba fatalmente a su momento más hondo.

Sentado sobre mi cama siento el paso del frío a lo largo de la columna.

Es un momento decisivo y sudo. Alcanzando la botella de ron, dudo.

¿Para qué tomarse un trago si la vida ha querido que muera sobrio? La deposito suavemente a la orilla de la cama, y estiro mi cuerpo lentamente. Tendido sobre mi espalda, miro el techo.

La lámpara, el parpadeo de la luz, las manchas en mis cansados ojos.

Apago la luz, es mejor: quedo con el recuerdo de un millón de años y estas manchas incoloras que pueblan mis sentidos. La penumbra se disipa.

Mis pies huelen a cuero. Afuera, el sonido veloz de una moto. Más allá un perro que ladra. Aquí, el palpíteo violento del corazón que crece. De mis ojos empiezan a caer lágrimas tibias. Gotas primero, un chorro dulce, luego, que avanza hacia la oreja, buscando la almohada.

Debería vestirme y salir. Todavía puedo poseer la noche, buscar la luna entre las nubes tardías y hacerla mía. Mis ojos arden. Mis labios han recogido del mundo su infinita sequía.

Me cuesta respirar. Casi no oigo. Estornudo. Bostezo. Y los sollozos me vencen totalmente, como la única vez en que Regis perdió aquel famoso partido y la niña le dijo que era un inútil, que nunca para nada había servido.

Lloro como no lloraba desde niño.

Voy a vestirme. Voy a salir a la noche, para que el frío se cuele entre mis poros, y que el silencio apague los truenos. La vida es espacio y tiempo. Solo no tiene final, lo que no tuvo principio. Que la sonrisa seque mis lágrimas. Y que la vida gire hacia la nada.



LAS VOLUNTADES

Hay decisiones que se toman sin necesidad de complicarse mucho. No solo hay una vida de por medio, sino una confianza depositada. Y es muy importante.

Casarme con ella, eso es todo. El día retira su brasa y cuaja en el confín todos los silencios. Por las calles circulan los postreros olores de niño.

Entro a la casa, beso a mi madre con actitud casi infantil. Quiero casarme, eso es todo. Voy a casarme, es decir, fiesta. A pesar de su actitud histérica. No la forcé, es cierto, pero forjé en su vientre una promesa. Y no es una mosquita muerta que ha tratado de casarme. Tiene gracia, porque yo la vi una tarde a la orilla del riachuelo, mirando el lento desliz del torrente frío. Sus pies desnudos, aferrados a las piedras, sus rodillas redondeadas, sublimes. No usaba pintura de ningún tipo. Sus ojos vivos, relucientes. Y aunque Santos, mi padre, contagiándose del histerismo de mi madre grita que se opone rotundamente a que yo cometa esa locura, voy a casarme, es decir fiesta.

Y no es una portaviandas tampoco. Ni permito que la traten de ese modo. Ni estoy amenazando a mi madre. Y en

medio del dolor de ver la boca rota por las manos airadas de Santos, voy a casarme.

Todo lo que me dicen me parece perfectamente incoherente y sale sobrando. Porque si veinticuatro años de cenas han crecido en mis venas, sin que yo pueda tomar una decisión cualquiera, no he debido nacer. Ellos querían un hijo. Y los hijos no son para nutrir vejeces, sino para prolongar la especie.

Y no les pedí que me parieran, repito, y la sangre corre ahora desde mis cejas.

Es cierto que me falta un año para graduarme, pero por eso mismo ya puedo trabajar.

Y el hijo que ella lleva en sus venas es sangre de su sangre aunque ustedes y todo el mundo revienten. No es una cualquiera ¿su virginidad no les basta como prueba?

No es una hija de la gran flauta tampoco.

Algo sucede. Santos cae sobre el sofá y se queda mirando el piso, mientras mi madre grita nuevas sandeces. No es verdad que la muy jodida quería sólo casarse y buscó un buen gancho. Ni es una jodida. Ni me ha embaucado. Santos tuvo la culpa por no haberse opuesto a una supuesta iniciación mía en una casa de putas, del que jamás tuve conocimiento. De modo que resuelvo abandonar la casa. De todos modos es mucha la sangre perdida por nada. No me voy por mariquitas, por huir. Me voy porque no quiero más insultos. Me voy cargando el nuevo golpe.

Digo al salir que la propuesta de Santos es una oferta digna de un asesino, porque era una esperanza lo que se desarrollaba en el vientre de Lupe y no una rana.

Y el grito fanático de mi madre no me conmueve.

Lupe viene a mi memoria, fresca, cristalina, junto al riachuelo. Avanza hacia el árbol, cuelga el sobre todo, sorbe un poco de té, hombro y cadera, rodillas torneadas esplendentes, pechos que apuntan hacia el sol desde su piel sensual. No, no

quiero recordarla entre sangre. Quiero recordarla limpia, en el viento.

De niño solía cabalgar al atardecer sobre los orgullosos lomos de mi caballo marrón, impregnándole de la palpitación de la tarde. Despacio al principio, aceleraba luego, vaivén, cadencia; las crines en el aire enralecido, los cascos hundiéndose entre el zacate y hojas sin vida, más y más rápidamente hasta que entre lo arbustos surgía el hogar, buscándonos. Y el sol a lo lejos agoniza, y el viento tenue, y las crines emblanquecidas, obedientes a la caricia, y la paz final de estar en paz con todo.

El color del crepúsculo está estampado ahora en Lupe. Un día la hice presa en el sofá —se reía incontrolablemente— y la pasión creció botón por botón hasta la paz final de estar en paz con todo.

Han logrado al fin detener la hemorragia. Santos está a mi lado ahora. Mi madre me acaricia los cabellos. Han hablado de perdones. Han hablado de pensiones alimenticias para el niño. Recuerdo la voz de Santos en el claroscuro de mis sueños infantiles. Recuerdo las glándulas mamarias de mi madre en mi boca pequeña. Y en casa descubro que no me casaré con Lupe el jueves a las siete y media como había previsto, porque mi padre la llama por teléfono y se lo dice.



LA LEYENDA DE JOSE GORDON

El cansancio, el cansancio enorme y la lentitud amarga y el tiempo.

El tiempo corre sin medidas. Corrompe y desgasta las pupilas y carcome la certeza de la palabra y vence. El tiempo vence siempre.

El tiempo había seguido su curso desde el primer día, desde la primera trágica y terca vez en que, desoyendo la voz de su padre que era un jardinero tranquilo, quiso aventurarse, quiso conquistar el mundo.

El cigarrillo quemaba con la misma amarga lentitud. Sus ojos, enrojecidos por el trajín intenso del sol de cuarenta y dos años; sus manos rudas pero sin asomos de torpeza y su pelo, rigurosamente peinado.

Toda espera es lenta, amarga. Como el crecimiento del coco. Todo crecimiento es lento y amargo y acumula residuos. Allí, sobre el suelo contiguo a la ventana de las oficinas Mr. Brutt, se acumulaban los diminutos pesos de mil colillas de cigarrillos de todas las marcas.

De pronto, una voz enérgica le arrebató de su lento sopor. Saltó de la banca, y acomodándose la ropa caminó hacia el escritorio del funcionario que lo había llamado.

—¿José Gordon?

—Yes sir . . .

—Puede pasar . . .

Un par de pasos fueron suficientes para colocar en el despacho a Mr. Brutt a la figura descollante del bananero.

—¡Oh, es usted Gordon! Usted causó disturbios en la Finca Doce.

—¿Disturbios? No señor: un compañero cayó al pozo...

—Y, este . . . usted soltó el freno del carro porque un compañero se cayó . . .

—Estaba guindando señor . . . Estaba guindando en la boca . . .

—¿Guindando en la boca?

—A un metro de la boca, en un travesaño y podía haberse caído. Era la muerte.

—De modo que usted soltó el carro sin más y se fue rodando cuesta abajo y se salió del riel . . .

—Es cierto señor . . . pero . . .

—Y se cayó del riel así . . . ¿sabe cuánto cuestan los ramos que se perdieron?

—Es cierto señor, pero tomando en cuenta . . .

—¿No se ha puesto a pensar en el costo de las reparaciones?

—Tomando en cuenta que el compañero podía haberse . . .

—¿Y sabe lo que cuesta poner a toda una cuadrilla a encarrilar el carro?

—Un compañero podía haberse muerto —dijo el interpe-lado, ya con poca convicción.

—Gordon . . . está despedido.

—Sí señor . . . —treinta años de manchas de banano se adhieren con firmeza a cualquier camisa. Gordon sabía mucho sobre el sabor de la savia del banano. Y conocía también la medida exacta de la flor.

Desde ese mismo día quedó borracho para siempre. Y no supo a qué horas pasó en medio de los escritorios de la parte externa del despacho, cruzó la puerta y bajando las gradas una por una pudo alcanzar el zacate con enorme esfuerzo. Pero se encontraba en medio del bullicio de cien bananeros, manteniéndose borracho a base de ginebra.

Una botella quebrada, la sangre, y la herida-mancha, y el grito de una prostituta.

Y la policía que llegó inoportunamente. ¡Oh, esos paña (1) vestidos de kaki!

Eran servidores incondicionales de Mr. Brutt. El ya no está al servicio de Mr. Brutt y se sentía humillado. Humillado porque un condenado americano le había despedido gratuitamente, como si la vida de un compañero valiera menos que un carro de banano.

De pronto se le ocurrió que Mr. Brutt tenía razón: en el verdor violento de los bananales la vida vale menos que un carro de bananos. El bananero herido seguía sangrando, tendido en el suelo y su victimario botella en mano se mantenía a la expectativa.

“Federico, gritaban los demás desordenadamente, no lo matés. No seas cruel. El hombre está borracho y no puede defenderse.”

Y la autoridad competente, impotente, esperando iniciar uno por uno la represión que no podía consumir colectivamente.

—Tiene razón Mr. Brutt —dijo en voz alta— la vida de un compañero vale menos que un carro de banano. Vale menos, y alguien tiene la culpa de eso.

(1) Paña deriva de España. Español o descendiente de españoles.

Al cruzar el pequeño zanjón, con paso fluido llegó a su casa. Tenía el rostro hinchado. Una mirada color ceniza iluminaba todo. Su mujer, exhaló un grito pequeño como un suspiro hondo del mismo color que él portaba en sus ojos. Y cuando habló, sus palabras también, como todas las pequeñas cosas del pantano, estaban llenas de ceniza húmeda.

“Lo importante —dijo— no es lo que me pasa. No es eso. Lo importante aquí es que he descubierto que . . . hay leyes. Hay reglas”.

—¿Que hay reglas?

—Sí . . . reglas . . . Los funcionarios de la Compañía Bananera tienen el rostro verdusco como los lagartos viejos.

Ella no supo qué decir. Eran largas las horas de ayer y los dos lo sabían.

Gordon había estado limpiando el terreno toda la mañana, volteándolo —machete veloz, hacha hábil y el pico y la pala que abren venas cuadradas sobre la piel fresca de la tierra— y recogen su sudor abundante y sus lágrimas y los excrementos del reino animal. La lucha contra la adversidad, la sed del hombre, la legítima defensa de las bestias y la serpiente herida.

—No quiero comer . . .

El vapor se escapaba libremente de su atol favorito.

—Es atol —insistió ella—. Atol de plátano.

Y luego marcar el terreno, acabar con los inacabables insectos; la perforación de los hoyos, el sabor a barro permanece contigo y mora contigo eternamente amén. La siembra, ordenar la esperanza estúpida de los trabajadores que —como lo hubiera hecho un ángel bueno— aguardaban el crecimiento del fruto ajeno.

Nueve meses, como la espera de la madre humana.

No, no quería atol y eso era grave. Porque en medio de su mundo violento, el calor ambiente y el frío en los pies, el

agua y la lluvia y las picaduras de un millón de insectos y en medio de todo —de todo— al bananero solo le quedaba su inclinación al consumo incontrolable de alcohol y un apetito voraz de pan.

El día de José se fue prolongando en el hastío y la noche empezó a calentarse. A las ocho el calor era tan grande que su mujer se levantó para tomar agua de un tarro de leche en polvo, acostándose luego sin ropa, para respirar bajo el peso de su sudor caliente y mirar el vapor que desde las sábanas buscaba el techo.

A media noche el calor le llegaba a la base del cráneo con millones de caballos fuerza. Gordon se sentía bestia, fiera herida. Tomó tres tarros de agua, luego fue a orinarlos, pero apenas si logró humedecer el césped.

Deshidratado, furioso, estuvo en el corredor, de pie, luchando varias horas con un mosquito que al final abandonó la lucha al presentir la cercanía de la mañana.

—No, no me van a despedir así —resolvió al mirar los primeros anuncios del día— no me van a despedir así. Lo juro.

Juan Bigs le debía quinientos pesos y eso era mucho dinero a dos cuarenta el dólar.

Pero de pronto la suma no tenía importancia: necesitaba el caballo, las balas y su vieja arma.

—Lindo caballo —dijo su mujer al verlo entrar al patio trotando—. ¿Es el de Juan?

—Es mío.

—¿Es tuyo? Y . . . ¿para qué lo querés?

El calor estaba creciendo con las horas. La gente había tomado ya no menos de diez tarros de agua por hora. Pero cuando ya no fue posible que se escaparan rápidamente por los poros el agua empezó a evaporarse y desde la piel se fue formando una espesa nube sobre la cabeza de todos hasta opacar el brillo del sol.

Y cuando el astro alcanzó su cenit fue demasiado para José Gordon. De modo que ensillando su caballo, abandonó el pueblo en busca de un sitio con temperatura habitable, un arroyuelo fresco sin olor a banano.

Su mujer no le hizo preguntas al verlo partir, se resignó a aguardarle.

El calor no se quedó en el pueblo: se fue con José. Era —contaron luego— el hálito de vida con que se anuncia la presencia del Señor. Estuvo muchos días con aquella calentura, viajando entre el espeso monte, y viviendo a despecho de los insectos, mordiendo frutas silvestres y calmando su sed con el agua de los arroyuelos.

El domingo regresó al pueblo y entró al templo. Los presentes contaron luego cómo su rostro brillaba como una estrella y sus palabras, dichas con detenimiento más allá de la comprensión racional.

“Hace calor en la finca bananera. Demasiado calor. ¿Conocen el tomate? En la finca hay tomate y se pudre. Yo he venido a enseñarles los tomates: a mostrarles la putrefacción de los tomates de la Compañía Bananera.”

Nadie pudo entender su primera parábola, pero tampoco pudo nadie burlarse porque su verbo tenía una fuerza real. Demasiado real.

Pero guardaron sus palabras mientras los días resonaban bajo el calor verde del jamaicano enloquecido.

Primero asaltó las oficinas centrales y sin muchas palabras obligó al secretario a esperar a su jefe en calzoncillos. Definitivamente le había sucedido algo grave y su fama se fue extendiendo a toda la zona. El calor fue algo más que fiebre.

Para marzo, Gordon era un hombre legendario que vivía tomando agua. Asaltó al secretario de nuevo en plena finca y atándole a un árbol con ambas manos sobre la cabeza y los pies en un hormiguero se dio a la fuga.

Fue su único acto de crueldad, al punto de que años después, el pueblo discutió acaloradamente si se incluía o no en la antología de hechos que conformaban la Leyenda de José Gordon.

Pero en abril era claro que no consideraba al secretario un enemigo, ni a él ni a ninguno de los seres concretos que dirigían la finca. El enemigo se fue perfilando como un enemigo abstracto que producía banano con sangre.

La leyenda llegó a su clímax en junio cuando él, su caballo y su escopeta entraron tranquilamente al pueblo para unirse a los parroquianos que aguardaban la noche en el comisariato.

Juan Bigs fue el primero en reconocerle. Saltó de su asiento y señalándole gritó: "Pero, ¿no es José el que viene allí?"

El jinete acercóse lentamente al corredor y desmontando se acomodó sobre uno de los bancos cerca del mostrador.

—Lester, acérquese. Dale un refresco a los señores y uno a mí. Luego, hágame once paquetes de esta lista.

—¿Once? . . . —El dependiente sudaba acongojado temiéndolo un desenlace fatal.

—Once paquetes iguales. Dame una zarza périla (1) mientras tanto.

Antes de que terminara su refresco los paquetes estuvieron listos.

—Grant —dijo él— tengo un trabajo para vos.

—¿A ver? —era el más joven de los presentes. A ver: diga . . .

—Lámeme a Miss Ruth . . . y a doña Estímula . . . y a don Gregorio . . . y . . . —diez nombres pasaron frente a sus oídos. —Léster, cárguelo a la cuenta de Mr. Brutt.

(1) zarza parrilla.

Para agosto el calor había crecido tanto que lo sentían las personas allegadas a él. José Gordon tuvo como nunca el amor de su mujer, que lo esperaba a media noche y se despedía de él antes del alba. Muchas personas contaron por muchos años después, que el agua de los arroyos adquiría una tibieza extraña cuando José se bañaba. Y emitía un vapor misterioso cuando caminaba bajo la lluvia.

Mr. Brutt tomó la decisión de irse del pueblo, cuando se dio cuenta que, la voz de José se había convertido en palabras de mando y todos le obedecían ciegamente y sin protesta.

Mr. Brutt se alistó hacia finales de agosto para emigrar. Hasta ese día, no tuvo un encuentro directo con Gordon, pero un temor irracional lo dominaba.

En el cruce principal no obstante, sus guardaespaldas se quedaron de pronto quietos. Las hojas de los árboles empezaron a caer, y un halo inicuo fue envolviendo al temeroso Mr. Brutt.

—¡Por Cristo! —gritó acongojado—. ¿Qué les pasa a ustedes? Zacarías, ¿qué le pasa?

Pero los hombres seguían inmóviles, perdidos en la inmensidad del aire.

—Hijos de... ¿qué les pasa? Cobardes. Dije que...

Un sonido cortante rompió la espera y la selva en dos. El olor dulce de las hojas cedió a la pólvora. El calor, el calor sobrenatural que rodeaba al "profeta" —que así lo calificaban sus simpatizantes— desde que repartió diez bolsas de víveres entre los más pobres del pueblo.

Los guardaespaldas dejaron caer sus armas. El gringo los miró con rabiosa impotencia: él no había visto ni oído nada, salvo el disparo hundido en la tierra delante de sus pies. Pero podía sí sentir el calor sobrenatural que los ignorantes atribuían a José Gordon.

—Mr. Brutt —era palabra de negro. Palabra primitiva como la primitiva alocución de Dios.

El calor contagiaba a todos ahora.

—Mr. Brutt . . . usted me despidió.

— . . . ¿Yo? Oigame Gordon: yo soy el mandador y tengo autoridad para eso.

—Mr. Brutt . . . el pobre negro había hasta obrado en su finca . . . Nos pican las culebras, la fiebre, la fiebre electriza, la fiebre voraz quemando a todos . . .

—Gordon, hagamos un trato . . . me olvido de todo esto y . . .

—Vino a mí palabra de Dios . . .

—¿Palabra de? . . .

—Palabra de Dios, Mr. Brutt. Ustedes van a pagar sus pecados —fiebre, calor fulminante y la tierra. . . la tierra marchitándose en medio de la esperanza y la espiga, creciendo a pesar de todo . . .

—Mr. Brutt, si trata de irse lo mato.

El eco de la última bala le dio un golpe bajo a Mr. Brutt. Cayó de bruces.

Sus hombres lo recogieron y lo llevaron a la enfermería de la Zona (1). Dicen que cuando volvió en sí, un olor a tomate inundaba la sala. Tomates pequeños, como rábanos grandes, de los que solo se dan en la llanura limonense.

Para noviembre el calor cubría todo el pueblo. El nombre de José Gordon se hacía cada vez más popular. El pueblo hablaba del color de las flores y de los tomates pequeños rojos y podridos y del calor inexplicable que cubría los meses.

A finales de noviembre, Gordon entró a la Zona de los altos empleados de la Compañía que vivían aparte para no contaminarse del aire espeso del vulgo. Mr. Brutt y su sirvienta es-

(1) Se refiere a la Zona de la ciudad en que vivían los altos empleados de la Compañía.

taban desayunando. El, sentado sobre lujosa silla en ropas ligeras, ella junto a él, sus manos atentas a servirle.

—¿Más mermelada señor?

El masticando como mastican los gringos, con una petulancia esquiva —¿más café señor?

Y las manos de Mr. Brutt tomando sus libertades, y ella con una sonrisa complaciente —más señor, ¿más? —y él volviéndose hacia ella, sus manos cavando viejos sueños de esclavista y ella —¿más crema señor?— cuerpo de magia, piel de blanca, boca negra, ojos verduzcos, nariz chata, labios como naranja dulce, y él solícito, buscando en ella lo que no podía hallar en su propia mujer; y ella, consciente de su papel de esclava, sumisa, complaciente —¿más mermelada señor?— los ojos cerrados ya, en la mezcla de rencor y pasión: ser del amor, orgullo singular, la propiedad privada de alguien que era propiedad privada de la Compañía Bananera.

Hizo de pronto un calor terrible y su pasión se quedó así, mitad gozo, mitad herida a la mitad de la enagua y a la mitad de la blusa y a la mitad de la faja de cuero y a la mitad de la camisa . . .

José desayunaba tranquilamente detrás de ellos. Su rostro sudoroso, su camisa desabrochada, la escopeta en la mano izquierda, el dedo sobre el gatillo . . .

—Alcánceme la mermelada —dijo— y la mantequilla.

La pareja temblaba de miedo: ella temía por la vida de Gordon, mientras pensaba que su muerte era necesaria para salvarla de la vergüenza de oír su secreto en boca del pueblo. Mr. Brutt tenía un miedo absolutamente irracional. Tal vez las imágenes de tanta cabeza rota, de tantos rostros que nunca mancharon su blanca pureza anglosajona, y tantos ojos mirándole sin sentido se materializaban ahora. Alcanzaron entre ambos la mermelada y la mantequilla. Gordon acabó su desayuno tranquilamente, y tras ordenarle a la empleada que se encerra-

se en la cocina, obligó a Mr. Brutt a abrir la caja fuerte donde guardaba dinero y documentos de los trabajadores de la finca, que solicitaban préstamos para apuros médicos y otros apuros semejantes. Gordon los fue rompiendo uno por uno, mientras el gringo los ponía por orden suya en un sobre con el nombre del dueño. Toda la casa olía a tomate podrido.

Intentó arrebatarse la escopeta a Gordon, pero éste no opuso resistencia alguna.

—Esta escopeta es la vara de Moisés —le dijo— y este es el día de tu juicio.

Mr. Brutt disparó con furia y el sonido de sus disparos le arrebataron la conciencia a la empleada.

—¿Ya terminó? —preguntó Gordon, mientras el gringo se debatía entre el terror y la rabia.

—Negro embustero, estos cartuchos no tienen bala . . .

—¿No? —Gordon sonreía alegremente— probemos con usted.

El gringo se lanzó sobre Gordon y de rebote cayó en un rincón del comedor. Contaron los habitantes del pueblo que fue la empleada la que le curó las heridas que tardaron toda una semana para sanarse.

En diciembre el calor ya era insoportable. Tanto que había causado casi veinte incendios, a pesar de las lluvias de finales de noviembre y principios de diciembre. Dos de tales siniestros fueron en las casas de la zona. Había que matarlo. La primera batida la realizaron después de navidad. Ocho policías a caballo se encargaron de acorralarlo en lo que parecía su guarida: la Cueva del Manco.

—Salga chumeeaman (1), mejor que se rinda por su bien.

(1) deriva de Jamaica y man, o sea jamaicano. Reproducción fonética de la palabra antillana. Por generalización, a todo negro.

Tomaron posiciones esperando alguna respuesta y de pronto la obtuvieron: un incendio terrible se levantó a medio kilómetro a la redonda, y la figura de Gordon, temeraria, altiva, descollaba sobre una piedra más arriba de la cueva.

—Soy inmortal —les gritó— voy a morir, es cierto, pero viviré de nuevo.

La patrulla regresó al pueblo con graves quemaduras de piel, para contar cómo vieron a Gordon —hombre y caballo— cruzar sin consecuencias las violentas llamas y el humo del incendio y perderse entre la tupida vegetación.

Para año nuevo se sabía con certeza que Gordon iba a morir. El treinta aparecieron sendos paquetes de comestibles o sobres con dinero en la puerta de los más necesitados del pueblo, y la Compañía Bananera debió la recompensa ofrecida para acabar con su legendario enemigo.

Sus milagros eran ya el decir constante de todos: se sabía de la vez en que él cruzó a nado las corrientes del Matina para rescatar a Mr. Maikal, y de cómo sobrevivió a las dieciocho heridas que le hicieron los Guardas de la Finca Nueva en el pecho izquierdo. Pero su sangre fertilizó la tierra en su huida y José Gordon estuvo en la cantina al día siguiente como si nada hubiera pasado.

Estuvo allí, contemplativo, silencioso. Los bananeros le rodearon para advertirle del peligro que corría. Le explicaron que la Compañía Bananera había triplicado esa misma mañana el precio de su cabeza y que de San José vendrían contingentes de policías para reforzar a la guardia de Limón.

—Hay orden de matarlo . . .

José no dijo nada. Se limitó a cerrar los ojos, como si tal acción sellara la leyenda de su inmunidad. De pronto saltó del banco y, con un arrebató increíble, hombre y caballo se perdieron entre el monte, minutos antes de que aparecieran los policías.

Y la leyenda de José Gordon crecía... crecía...

Dicen que la Compañía ofreció cuatro veces el rescate a la mujer de Gordon y ordenó una estricta vigilancia en torno a la casa. A los tres días apareció escrita en la casa de Mr. Brutt una orden terminante: levante la guardia. Esa misma mañana amanecieron tres policías heridos, dicen que por Juan Bigs, a la sazón uno de los mejores seguidores de Gordon. El cuarto miembro del comando, apareció en Estrada muchos años después, y no se acordaba de su nombre.

En enero el calor era tal que los hombres tenían que tomar agua de coco tres veces al día. Y además florecían grandes ventas de granizados, y la fábrica de hielo tuvo que emplear a muchos trabajadores más.

Por su parte, la Compañía castigó a sus empleados con dureza, despidiendo a los que descubrieron con el nombre de Gordon o su fama entre sus labios.

Y además redujeron el pago por jornada, alegando una rebaja internacional del precio. También quisieron establecer un precedente definitivo, de modo que obligaron a los hombres a trabajar bajo la lluvia torrencial y la historia de la región recuerda aquella época con amargura. Sobre todo el diez de enero.

Las órdenes se dieron en inglés formal ese día, por primera vez también. Y al final del día no hubo canfín en el comisariato. Diz que José Gordon había prendido fuego al depósito. Aún no les bastó: en vista de los riesgos que había a consecuencia de los desmanes de Gordon, bajaron el ritmo de producción.

Gordon exigía ciertas condiciones absurdas para deponer su rebeldía: que los trabajadores corrientes, con su piel sudorosa y su crónico olor a bananoverde vivieran en la zona, lo cual hubiera significado la "Quiebra de la empresa" según explicó Mr. Brutt. Y también le hubiera causado la ruina, dijo, cumplir

la alternativa que Gordon ofrecía: que los jefes viviesen como todo el mundo en chozas humildes y covachas, porque todos hubieran renunciado, y en ese caso, hubieran tenido que venir a dirigir los propios accionistas, y en ese caso mejor sacaban su dinero de Costa Rica, que al fin y al cabo hay muchos otros países dispuestos a recibirles. Y eso no lo iba a tolerar el gobierno tampoco porque el país se quedaba sin las altas cifras que lucía en su balanza de pagos y sin salarios para los trabajadores jamaicanos, nicas, belizeños y hondureños, y eso no le convenía a nadie pues esos trabajadores regresarían ociosos a sus países talvez alentados por el éxito de José Gordon e iniciarían en su tierra movimientos revolucionarios y eso tampoco convenía a nadie. Gordon dijo que puesto que todo eso era verdad, la Compañía Bananera era una sogá al pescuezo que nunca acaba de ahogar a sus víctimas, pero que jamás dejaba de apretar.

El calor de enero impuso muchos cambios. Tantos que los bananeros reñían por cualquier motivo y el consumo de licor se triplicó con creces.

Mr. Brutt decidió pasar ese fin de semana en Limón centro, porque el calor de la finca era insoportable. Era más fresca el agua tibia del Mar Caribe. Ordenó a cuatro de los bananeros más fornidos encargarse de la tracción del carro, e invitó al pagador a acompañarle. Los dos, vestidos de blanco, se montaron al carro-carril y palanqueados a brazo por los bananeros, partieron pipa en mano hacia el puerto.

Peró de camino el calor empezó a aumentar. Los bananeros desabrocharon sus camisas pero el calor seguía en aumento. Aceleraron, se limpiaron el sudor muchas veces, se quitaron las camisas en medio del calor sofocante, mientras Mr. Brutt y su compañero se dejaban absorber por el calor del vapor que emanaba de todas las cosas.

De pronto aplicaron los frenos y un cuchillo largo de hierro cobijó el calor. Los braceros se quedaron allí exhaustos

y Mr. Brutt tomó su pistola ya tarde porque una escopeta y una voz larga, honda, tétrica, le ordenaba la mayor quietud posible.

—Me matarán —dijo la voz— destruirán este cuerpo: y yo regresaré para vengar mi muerte. Y no se va a ir usted tampoco, Mr. Brutt, se va a quedar hasta el final. ¿Entiende? Hasta el final.

—Oiga Gordon . . . ¿qué es lo que quiere? Le daré dinero para que regrese a Jamaica.

—Estaba en peligro Milton. Podía haberse caído al precipicio.

El gringo sudaba, acaso pensando en la muerte, o en las naranjas del Valle de California.

—Gordon, te voy a agarrar —dijo— y con un movimiento rápido se volvió hacia él disparando. Pero Gordon ya no estaba en ese sitio, y enfurecido se fue acercando, apuntándole sin disparar mientras el gringo, cautivo de una extraña parálisis, aguardaba sin moverse, y le dio un golpe terrible con el reverso de la mano a Mr. Brutt primero y al pagador luego, y les ordenó desvestirse. Seis compañeros de Gordon, todos a caballo, surgieron entonces de entre los matorrales. A lo lejos se oyó el pito de un tren.

—Bloqueen el paso —ordenó Gordon a los suyos.

El calor nublaba ahora la vista e hinchaba los pies.

—Ustedes —les habló ahora a los ansiosos bananeros: ustedes dos, pónganse la ropa de ellos, y ustedes dos, encárguense de las pipas.

Muchos años después se contaba la sorpresa de todos, al ver a los dos hombres blancos manejando el carro y los cuatro negros disfrutando del paseo, los unos con las manos encallecidas, y las espaldas desnudas, los otros vestidos de filibusteros.

Mr. Brutt desapareció de Limón sin dejar rastros. El nuevo superintendente no anduvo con contemplaciones. Organizó una fenomenal batida y se lanzó a la caza del aventurero con una furia desconocida. Una furia disciplinada que nunca descansaba. Vigilaban la casa constantemente y una noche irrumpieron en ella y despertaron a la sobresaltada mujer de Gordon. Pero no lograban apresarlos.

El calor tiñó bien pronto la piel del recién llegado. Gordon entró a la casa del nuevo superintendente a pesar de los guardias y le predicó un extenso sermón de media noche, sobre la sagrada misión encomendada por Dios y su propia hipotética resurrección.

El superintendente definitivamente no era Mr. Brutt. Lejos de intimidarlo la intimidación le dio nuevos bríos. Y se organizó en toda la región lo que Limón recuerda como la más sangrienta batida de su historia. Tres negros murieron víctimas de su parecido con el caudillo. La Compañía duplicó la jornada de los trabajadores y redujeron nuevamente el salario-hora. Pero el calor era ya más que intolerable. Los bananales se prendían solos, los incendios eran un verdadero flagelo regional. El sol se volvió duro. Se destacaron bandas de policías en los comisariatos. Pero el calor crecía, crecía hasta la exasperación. Y se dio formal amenaza a todos los que recibiesen productos de los botines del "Bandolero".

Al fin un día un hombre se presentó a las oficinas del superintendente. Era un negroclaro que quería regresar a su tierra. Se supo después que las flores nacen al tercer día; por eso, la noche en que encorraló a Gordon en su casa, para nadie fue una sorpresa y se dijo que estaba de por medio la callada complicidad de su mujer que ya estaba cansada de sus andanzas. Pero se dice también que el hombre bajito era en realidad un cómplice, que tenía el compromiso de herirle, cobrar e irse, mientras José Gordon sufría la metamorfosis de su resurrección.

Gordon cayó de bruces, manando sangre por la pierna izquierda. Se le dio por muerto esa misma noche, en tanto los hombres todos se volcaban a las calles.

Ningún negro quiso enterrarlo, por lo cual hubo que encomendarles el trabajo a seis policías latinos, de los que en aquellos tiempos lucían machete al cinto.

Los seis policías que llevaban el cadáver se detuvieron en el camino para descansar. La soledad, el calor, la conciencia de llevar el cuerpo de un negro que se opuso con éxito durante tanto tiempo a la Compañía y tuvo que ser abatido por su propio paisano y además la leyenda de su posible resurrección los aterraba. Pero cada uno guardaba su miedo en secreto.

Por eso se detuvieron diz que a descansar, mientras tomaban a pico de botella su ración de aguardiente.

En el silencio de los bananales sudaban copiosamente. Pero Gordon estornudó.

Cuentan que los pedazos de carne, sangre y madera, fertilizaron por mucho tiempo la Finca Grande.

Los "Apóstoles" que aguardaban en el cementerio, con agua, pico, pala y sal, sintieron llegar de pronto un frío inexplicable.

Y uno a uno se encaminaron a sus chozas, con la boca sedienta y el estómago vacío para recoger su ropa, despedirse y desaparecer para siempre. Sus palabras huecas nunca hallaron el camino de Émaús.

En la casa del superintendente hubo una pequeña recepción esa noche, y un brindis con ginebra inglesa.

La mujer de José Gordon se tiró al mar con piedras amarradas a los pies, y ese año, las ventas de la Compañía Bananera aumentaron.

LOS MITOS ANCESTRALES

*On the margin of European culture...
the "coloured" intellectual is an arti-
fact of colonial history... He is a
creature of two worlds, and of none.*

A. Sivanandan

Fue durante la época en que cambia la luna, y esa vez el domingo encabezó la semana.

El príncipe trajo su asida (1) al padre de su futura esposa y las familias acordaron celebrar la largamente esperada ceremonia.

Era hermosa la ocasión de veras, porque tras años de inseguridad, se afirmaba el Reino en toda su potencialidad. Y esa noche dimos gracias a Nyambe (2) y al Samamfo (3) por los beneficios otorgados a todas las familias del territorio.

(1) Asida: dote.

(2) Dios Ashanti.

(3) Espíritu y herencia de los antepasados.

Ninguno de ellos guarda hoy esos recuerdos que con tanta precisión y estima atesoro.

Sin embargo, hoy, me han sentado en este asqueroso círculo, y sus dedos apuntan hacia mí, sedientos. Si me muero, alguien cargará con mi muerte.

El primer decreto desde el Sagrado Banquillo reunió a todos los clanes de nuestro pueblo, a lo largo y a lo ancho del territorio. Un resplandor dorado cubrió la piel. Desde lo largo y lo ancho de la tierra, hacia el cielo de donde vino la Araña, con su sabiduría infinita y su astucia veloz, y desde la profundidad de la tierra de nuestros ancestros, un resplandor dorado cubrió la piel.

Y desde aquel día nuestras vestiduras resplandecieron como oro puro. Bendito por el mismo poderoso Okomfo (4) con su poder de siglos, con su poder sobre la vigilia y el sueño. ¡Santo es el banquillo que jamás pisó la tierra! Y maldito este cochino círculo en que ahora me han sentado para juzgarme por un inexistente delito, cuando ninguno de ellos recuerda nada de nuestra antigua Kumasi (5) ni saben de las pericias de Anansi, salvo porque a lo largo de estos años, se los he venido arrancando de mis canas para entregarlos a la juventud.

Inútil esfuerzo por recoger de la tierra los restos de nuestro Samamfo cautivo en otra tierra, junto al Samamfo cautivo de otros pueblos.

Al caer la noche danzábamos bajo el radiante astro que para nuestro provecho dejaron los ancestros. Las olas del mar besaban la dorada arena. El Tam-tam (6) alegre, contaba la historia del clan materno del príncipe, de sus gloriosas hazañas en la defensa de la nación, sus delicadezas, sus excelsas y supremas virtudes.

(4) Rey Ashanti.

(5) Sede del antiguo reino Ashanti.

(6) Lenguaje de los tambores.

Y yo, niño aún, pequeño aspirante a la antigua sabiduría, heredero diminuto de las decisiones del Concilio, del Jefe del pueblo; descendiente también y resultante de las decisiones de los concilios de incontables jefes y del Rey, supremo y excelente príncipe heredero, yo, niño, suspiraba contemplando la danza de los mayores, oyendo el cuento vigoroso del Tamtam, y mirando extasiado la demostración de los hombres que no codician, de los que nunca tocan lo ajeno, de los que jamás han roto el juramento.

Nuestro altar no tocaba el suelo. Por eso los recuerdos brotan del aire y de la sangre y en mis solitarias noches de frío, desde mis entrañas.

Mis antiguos rezos como amenazas, mi antigua piel como amenaza. El brillo áureo intemporal que siempre me persigue.

¡Malditos dedos que apuntan ahora y me obligan a escoger entre el oro y la plata, entre la luz y el claroscuro, entre la vigilancia y el sueño.

Años después leí en el Museo de Londres la carta del viejo Germanson.

Conservaron con increíble cinismo todo el documento, incluso los borradores que le dieron origen.

Cuenta el viejo Germanson en sus documentos, los detalles de su llegada a Kumasi, la acogida que tuvo por parte del príncipe, y el hecho singular de su recibimiento en medio de las bodas reales. Cuenta que en su senil grandeza, el Okomfo los juzgó heraldo de futuras glorias.

Era más bien, un heraldo de la agonía de mi pueblo y el inicio de este círculo de soledad. Es el verdadero responsable entonces, de este juicio.

La Serpiente que habita el Bosque debió destruirlo. El Espíritu del poderoso Lago debió confundirlo, para que sus ojos no distinguiesen ya nunca el norte del sur, el oeste del este, ni la vigilia del sueño.

Esa noche vi llegar al ángel de mi perdición. Germanson. Su piel color plata, su ropa color plata. Su pelo de bronce. Como un potro de esos que cuentan los artistas cabalgan los akánicos del norte (1). Viejas leyendas que quedaron en el olvido cuando Germanson se despojó de su brillante espejo, de su collar de brillante, de sus satines, de sus tafetanes, y los puso sobre el Príncipe, y recibió a cambio un pequeño cetro de oro y comió de nuestra mesa con su mano derecha, mojando su mendrugo en la misma olla que el príncipe, grave honor que deseaban los ancianos, grave acusación que amargó el corazón de Omowa, príncipe también y hermano del Señor.

Años después leí el informe de Germanson al Rey. Incluso la cínica reconstrucción del borrador:

“PRIMER BORRADOR:

Llegué el día domingo y tenían una gran fiesta de bodas. El príncipe heredero se casaba con la hija de una familia noble, o “clan selecto” como dicen ellos. Me han tratado como embajador, me han honrado como heraldo de su Majestad, y he dormido en el palacio real, entre magníficas telas, tras presenciar las danzas rituales que, como homenaje al futuro soberano, tributaron los bailarines de todos los clanes. Una pequeña choza fue el escenario de la luna de miel de los príncipes.”

Eran las primeras impresiones, las que brotaron del hombre Germanson. Pero al día siguiente —lo sé por las fechas— hubo un segundo borrador, escrito ya por el político:

SEGUNDO BORRADOR:

“Llegué el día domingo y tenían un holgorio para celebrar una boda pagana.

(1) Africanos.

El hijo del cacique se allegaba a una mujer de una de las tribus. Me han confundido con algún dios pagano. He tenido que dormir en la primitiva choza del viejo cacique entre muebles rústicos y telas posiblemente importadas. Después de las sensuales y diabólicas danzas, la pobre niña fue violada por el exaltado macho, prácticamente frente a todo el pueblo que, obviamente disfrutaba del espectáculo.”

COPIA DEFINITIVA:

Era la voz del conquistador. “Llegué el domingo para presentar los credenciales de su Excelsa Majestad, y encontré a la horda envuelta en una boda pagana. El cacique se allegaba a una mujer de otra tribu bárbara. En su primitivismo, me confundieron con un dios mitológico de piel plata que sus ritos paganos anunciaban, iba a ser la salvación de su pueblo, lo cual denota, que aún en estas almas sencillas e ignorantes, Dios ha puesto el anhelo de civilización. He dormido en la pestilente choza del viejo déspota cacique. He soportado las danzas demoníacas y sensuales, en nombre de su Digna Corona, por lo cual aspiro a futuras indulgencias. Y he tenido que permanecer inmóvil, mientras el salvaje violaba a la pobre niña, prácticamente en presencia del regocijado pueblo que obviamente disfrutaba de tal demostración de primitiva barbarie.

El príncipe Omowa cultivó su amistad con él desde esa primera noche cuando Germanson le regaló un anillo de piedra pulida. Y cuentan que dijo, entre jícara y jícara de agua ardiente, a borbollones, en un idioma recién aprendido, que él era el mejor, el único y verdadero heredero del banquillo de Kumasi, el corazón de una época de futura grandeza.

La codicia hizo huella en el corazón de Omowa y la codicia es la raíz de todos los males de la tierra.

El Príncipe perdió así su aura protectora y desde esa noche rumiaba liberar a la princesa de su infeliz desposorio, para

quedarse él, solitario dueño de su hermosura, y soberano del Reino Confederado de nuestros innumerables clanes. German-son presentó sus credenciales, escritos en un idioma que sólo él entendía en toda Kumasi. Y el Rey le abrió los brazos, porque de tal manera se recibe a los forasteros que vienen en son de paz.

Sentado aquí en esta soledad de siglos, pienso en la alegría del pueblo cuando Germanson nos propuso un canje que a todos parecía favorable.

El Rey para entonces había muerto, y el Príncipe era nuestro único señor. Señor de todos los clanes. Señor de todas las familias. Y toda la nación esperaba con creces un brillante futuro. Y habría sido así, si un día, mientras apuraba la jícara, Omowa no hubiese decidido retarlo a duelo. Duelo que le pareció conveniente al pueblo en vista de las nuevas circunstancias que le rodeaban, desde la llegada del supuesto profeta de plata, salvador de futuras generaciones. Para entonces el Príncipe había roto su amistad con Germanson. Fue una decisión sabia y si no contó con el apoyo unánime de los miembros del Consejo fue por las intrigas de Omowa, un convencido defensor de la escuela "Civilicionista" si se me permite el empleo de tan sofisticado término, producto de posteriores aprendizajes.

Llevado por los defensores de estas ideas el pueblo permitió el duelo. Incluso, pasando por encima de las antiguas ordenanzas. Crearon en el seno del pueblo, una espiga de duda, y la duda es fatal cuando el mundo se define por fe.

German supo por su parte deslumbrar al pueblo con sus objetos brillantes.

Las lanzas que ofrecía brillaban tanto en la luz como en la oscura noche sin luna.

Nuestras lanzas de hierro por lanzas brillantes. Dos por una.

Y un día, cuando el lunes encabezó la semana, Omowa se enfrentó al Príncipe y lo venció en un duelo que el pueblo recuerda con amargura, y los espíritus del Samamfo lamentan. Murió el Príncipe sangrando, llevando en su postrer aliento la alegría de una generación cuya gloria descansó en la tumba junto al caudillo.

Omowa, oloroso aún a sangre, quiso hacer suya a la princesa. Pero la fiera resistencia de la viuda fue una sorpresa enorme para el nuevo soberano.

Las mujeres de Kumasi son mujeres mujeres, como la lluvia de noviembre es lluvia lluvia. Omowa tuvo que matar a muchos en su alocada euforia, y aún así, no llegó nunca a manchar el dorado banquillo que nos legaron los ancestros.

Germanson vio que el pueblo estaba indignado, y arrepentido de los hechos, de modo que llamó a sus soldados que aguardaban en un barco enorme en el mar, frente a las doradas arenas, diz que su deber de buen cristiano le exigía poner orden.

Diz que la Reina era la legítima heredera. Sus soldados entraron a nuestro sagrado territorio y doblegaron a nuestras huestes, y sobre el sagrado banquillo sentaron a la Reina, declarándola protegida.

Las brillantes lanzas de Omowa nada pudieron contra las lanzas de hierro de los guerreros de plata. Eran lanzas de bronce y se doblaban en la lucha. El traicionado príncipe murió en la lucha, y lo enterramos con la cabeza hacia el fondo de la tierra en señal de protesta por su terrible traición.

Los súbditos de su soberana y excelsa Majestad, protector de Kumazi, impusieron solamente una condición: que soberana sustituyese todas las decoraciones doradas del palacio real por otra de color plata. Y sobre la alfombra de oro, pusieron finos lienzos plateados.

Así nació el Mito del cautiverio, que años después leí en el Museo de París.

Hoy, sentado aquí en este círculo de insensible soledad, soporto el peso de estériles acusaciones que, no obstante mi presencia de ánimo pesan sobre mí.

Sigo añorando los cambios de luna, cuando la caza —supremo esfuerzo hecho por la colectividad, o la cosecha, o la pesca— ha sido abundante y el domingo encabeza la semana. Añoro el ritmo del Tam-tam, el ritmo hablante, el cálido clima; los recuerdos crecen y se dilatan, y van construyendo mi terca resistencia. Y desde luego, yo, el acusado acuso, porque ninguno de los que me juzgan y condenan llevan en sus venas tanta sed.

El año en que se completó la sustitución de nuestros símbolos áureos, la Reina, lució un collar de plata en la pieza principal. No era ya la princesa que se entregó gozosa al Príncipe heredero. Ni la Reina rebelde a la cabeza del movimiento de resistencia contra la rebelión de Omowa; ni la serena mujer que con porte gallardo encomendó al Rey senil al Inmortal Espíritu que protege nuestro Samanfo.

La Reina era, no obstante, con las lluvias, remanentes de la perdida gloria. Por eso, los campesinos se reunieron en ritos clandestinos, y el antiguo rito del poder se volvió oculto. Nada quedaba de él en palacio, donde cruces y collares de plata colgaban en todos los pechos.

Germanson trajo a su mujer ese mismo año, después de las lluvias, y de ella —una extraña mujer que se sentaba a comer dulce en el pórtico durante el embarazo— tuvo su primera y entiendo, única hija. Y la llamaron Lucy. Para entonces, yo cumplía mis primeros quince años. Y aprendí a leer, porque durante el cautiverio, no nos bastó el idioma del Tam-tam. Tuvimos que aprender a leer en el idioma de su Majestad, como una manera de expresarle nuestra gratitud por su excelsa protección. Y nos cambiaron nueces por pepitas de oro. Y nos dieron goma de mascar a cambio de nuestro maní. Y dijeron que el plátano daña los intestinos y solamente los incultos comen ñame.

Y nos convencieron que era mejor el queso importado, por haber sido cultivado con hongos blancos de distantes montañas, y nos dieron a beber su vino —tintura de plata— para que aún nuestra embriaguez fuera por cuenta del Rey nuestro protector.

Nos regalaron moneditas de plata con la figura de Su Excelsa Majestad a cambio de nuestras esmeraldas. Germanson tenía una insaciable sed de oro, inexplicable en un hombre de plata. Tenía que ser Germanson, porque hay que dejar por fuera al Rey. El es soberano, excelso, más allá del bien y del mal.

En el año de la lluvia prolongada me casé con una mujer de un clan amigo, y di a la tierra los primeros abonos de mi simiente. Mis familiares, sobre todo los de la línea materna, se empeñaron en atentar contra la antigua sencillez, y nos regalaron alfombras plateadas. Velas plateadas para nuestros hijos. Vasijas de plata para hornear el pan.

Lucy, —la hija de Germanson— se casó con un funcionario público el mismo año en que mi primer hijo ingresó al ejército, dando inicio a lo que fue breve carrera. Porque cuando tres años después la Reina, en un mensaje senil a la colectividad entera, anunció que pondría sobre el antiguo banquillo dorado un almohadón de plata mi hijo y yo nos levantamos en armas. Fue necesario que ella instituyese un Consejo Público, otra de las cosas inventadas por ellas después de su visita al palacio de su Protector, cuando cumplió cincuenta años de reinado, y que movilizara a todos sus mercenarios, incluyendo el ejército de Germanson, para que al fin pudiese doblegarlos. Y nos ejecutaron a los dos, a mi valiente hijo y a mí, en la plaza pública, el día quinto, cuando para pena mía, el lunes encabezó la semana. Sombras de plata cubrieron toda Kumasi. Y solo se salvaron los ritos secretos de los campesinos.

Mi sueño fue un largo sueño que, evidentemente duró muchos años. Dormí como duermen los obreros, un sueño profundo sin sueño.

Nací, o no sé si más bien debería decir, desperté, en la casa del Conquistador.

Era Germanson, sin duda, pero no tenía el pelo canoso con que lo recordaba, ni la barba plateada, ni las arrugas en la núa. Era un joven lleno de vida y por alguna razón que no alcanzo a comprender le llamaban el tercero.

Otra sorpresa me aguardaba cuando tomé conciencia de las cosas. Lucy era nuevamente la hija de Germanson, pero más hermosa ahora.

Todas las cosas eran de plata. Me criaron —diz que era hijo de una empleada de Germanson que murió en el parto— en el palacio del Conquistador, que ahora se hacía llamar el Gobernador, me enseñaron todos los trucos de la ciencia y los buenos modales. Crecí entre la abundancia y la plata, y no tenía conocimiento de la existencia de antiguos tapices dorados, ni de rebeliones frustradas en la plaza pública al quinto día.

Ya para entonces, el domingo encabezaba todas las semanas. Nadie se acordaba de mi torpe historia sobre el Tam-tam. Los cantos del pueblo, tenían aún la cadencia del Semanfo, pero nadie los llamaba por su nombre, sino “nuestra herencia”. El Tam-tam había perdido su claridad de siglos, y solo hablaban de monotonía. De monotonía casi incoherente. De verbos presos.

Nadie conocía la vieja historia de las lanzas de bronce, ni de las desmedidas ambiciones de príncipes traidores. Nadie se acordaba de una Reina que claudica, ni la leyenda de palacio tenía nada que ver con guerreros que se rebelaron contra la Reina y mantuvieron al ejército de su Majestad nuestro protector en jaque durante doce años.

Leía en los textos otra historia. Germanson y su pueblo eran, por definición, superior al pueblo de Kumasi. Nosotros, descendientes de primitivos, éramos los hijos de perdidos monos, humanoides, eternamente en proceso de humanización.

Un día pinté un cuadro para Lucy. Era su cumpleaños y de alguna manera, tenía que expresarle mi cariño. Lloró de alegría. Las lágrimas se escurrían por su plateado mientras me daba gracias.

Era un bonito cuadro. Un enorme lienzo plateado, con un punto dorado en el centro. Germanson me llamó a cuentas. Quiso saber si mi cuadro representaba una luna en agonía frente a la plateada luz del alba, o tenía algún otro significado. Dije que era un amanecer. Un amanecer como Lucy. Dije que el punto dorado representaba al sol, un nuevo nacimiento, y que el color plata era simplemente la decadente civilización actual en crisis.

A partir de ese día me pusieron bajo la tutoría directa de un maestro, especialista en pintura, que se empeñó en enseñarme la tabla de valores según estaba definida para siempre. La plata es la luna. Punto. El oro es el aura de recuerdos viejos que corrompe el espíritu. Punto.

Uno de los criados se interesó en mi caso, cuando oyó la conversación sobre la mesa de los señores. Entonces una noche, mientras meditaba en la luna, me hizo mudarme y seguirlo. Fuimos a las afueras del palacio, donde nos esperaban dos caballos. Corrimos por los campos iluminados por la luna. Y nos reunimos en un recodo del bosque, donde convergen el pasado y el futuro.

Pude por primera vez, recuperar con coherencia mis recuerdos pre-infantiles. Y bebí con los campesinos en jícaras de oro.

Eran ritos prohibidos, clandestinos, tétricos, primitivos. Pero se los confié a Lucy porque solo ella nunca clasificó mis

recuerdos como fantasías de muchacho. Solo ella creyó que hubo un tiempo sin Germanson, cuando los niños eran felices y podían pintar.

Por eso, al volver a cumplir años le pinté un nuevo cuadro. Un mural en el que seis hombres realizaban una serie de actos supremos. Uno decapitaba a su hermano gemelo. Otro se arrodillaba frente a altares de plata. Otro levantaba una lanza de hierro, saludando al sol.

Esta vez no se conformaron con destruir mi cuadro, por no tener ningún valor artístico, sino que me desterraron.

Fue así como llegué a Londres y allí, pude leer en el Museo el viejo informe de Germanson el Primero, hijo de German el quinto, y nieto de Germ el poderoso señor de las aldeas. Aprendí un millón de nuevos verbos, incluyendo las suaves vibraciones del Samamfo de nuestros protectores. Porque ellos también tenían su Samamfo. Aprendí datos de la ciencia, de la historia, de la crónica de los siglos. Y cuando volví a palacio al final de mi largo destierro, era todo un personaje. Y a partir de ese día me llamaron "El Doctor".

El Doctor se instaló en una cómoda oficina de la calle principal —ya no quedaban caminos— frente a una tienda de fusiles donde solo podían comprar los hombres de plata, o los que, como El Doctor tenían permiso especial de Germanson.

Hubo en esos días una querrela entre el soberano protector de Kumasi y su primo.

Cuentan que su Excelsa Majestad se vio en serios problemas para frenar la ambición de su primo que quería anexar su reino y crear un imperio mundial.

Al verse en apuros, el Protector decidió armar sus protegidos con los hasta entonces prohibidos fusiles. Y llevaron a los mejores a la guerra, convertidos en soldados, para que atajasen las balas enemigas mientras el ejército regular de su Majestad,

avanzaba a posiciones más estratégicas, y terminaron ganando la guerra.

Al final de la contienda, pues, los protegidos sabían usar el fusil, y habían oído decir a su Majestad que ningún pueblo tiene derecho a dominar otro. Divulgar esta información fue un error equivalente al suicidio, porque entonces los protegidos se dieron a la tarea de formular preguntas.

Un día, mientras conversaban tomando el té, El Doctor hizo también su pregunta. Se la hizo a Lucy, por ser ella su eterno confidente. Ella guardó silencio, pero esa noche a la hora de la cena, repitió la pregunta frente a su padre.

Lucy fue capturada *infraganti* en la casa de un funcionario público, dos días después y casada con él sin mayores trámites. Y alguien envió a la casa de El Doctor a la hija del administrador de correos y cerró la puerta por fuera.

El Obispo celebró personalmente las nupcias de El Doctor. Lucy y su marido estuvieron presentes, así como el Gobernador.

La esposa de El Doctor había sido entrenada en París, de modo que hablaba francés a la perfección. El Doctor por su parte tenía un amplio conocimiento del latín, aparte del inglés que dominaba a la perfección. Además, entre los dos hablaban algunos dialectos primitivos. Estos factores fueron suficientes para que el Gobernador los enviase a representar a su país en el Consejo de Protectorados, con asiento en la Metrópoli. Allí fue definido como vocero oficial de su pueblo, y lo que él decía era palabra del pueblo de Kumasi.

Pero después, aquel jovenzuelo que llegó a ser El Doctor pintó otro cuadro sobre una civilización de plata en crisis, y un sol de oro naciendo, creciendo entre los campesinos. Los antiguos ritos ocultos de la conservación, pasaron a ser, nuevos ritos ocultos de la liberación. Tanto que, una tarde, una campesina que visitaba la ciudad con su jícara chica, fue manosea-

da por un oficial borracho. Furiosa, dejó sus huellas en el rostro plateado del agresor, y los guardias la dejaron desnuda en media plaza. Cuentan que los niños lo vieron todo, incluyendo su vestido que quedó sobre el polvo de la calle, y filamentos dorados debajo de su piel plateada, como especies de venillas ocultas en su cuerpo.

A pesar de estar confortablemente instalado en Londres, con frecuentes viajes a París, Amsterdam, Madrid y Berlín, la leyenda de lo acontecido esa tarde llegó a los oídos de El Doctor. Incluso le contaron que, como castigo, habían encerrado a la campesina con el oficial durante doce horas.

No pudo resistir por más tiempo el impulso de su espíritu y volvió a pintar. Durante esos días de París y noches de Berlín, había adquirido el hábito de pintar pequeños círculos como actividad clandestina. Su esposa se oponía al arte, considerándola una actividad peligrosa.

En los nuevos cuadros de El Doctor, un pequeño sol de plata se perdía en el inmenso horizonte dorado.

Su mujer fue presa de un ataque de histeria cuando, después de exhibir sus nuevos cuadros en Londres donde fue recibido por la crítica como una "Maravillosa expresión de arte que capta el primitivismo de su pueblo, y recuerda las antiguas danzas paganas de Kumasi", El Doctor renunció a su puesto en la oficina del Consejo de Protectorados y decidió regresar a su tierra. Incluso, se negó a acompañarle. Volvió buscando a su viejo amigo de palacio y con él regresaron a los sagrados lugares de los ritos campesinos y danzaron toda la noche al compás del Tam-tam de acordes ancestrales, dejando que se incorporaran en su cuerpo los antiguos espíritus del Samanfo. Luego renunció al título de El Doctor, y al día siguiente fundó el Partido de la Liberación Aurea (PALA).

Doscientos días de tolerancia usó el gobierno con PALA. Luego declararon que los líderes del Partido éramos peligrosos

para el orden establecido. El Obispo predicó un sermón esa navidad. Dijo que rebelarse contra la ley y el orden era un grave pecado. Renegó de la violencia de Jehová y de los Ejércitos Israelitas y de sus sangrientas hazañas en territorio cananita. Renegó de las cruzadas. Condenó la violencia por ser el peor de los pecados. Tanto que se diría que era una nueva religión la suya, porque me acordaba de su sermón al estallar la famosa guerra entre los primos, cuando —también en Navidad— dijo que la guerra también podía ser santa, como lo fue la conquista de los pueblos cananitas.

PALA fue excomulgado, proscrito por la ley, y condenado por los que aún conservaban sus títulos parisienses.

Una noche un militante de PALA restituyó al pueblo los antiguos ritos en medio de la plaza. En vez de las antiguas lanzas de hierro, usó fusiles. Y esgrimió también palas para labrar la tierra, y círculos de plata para decorar los cementerios.

Llegaron de la Metrópoli hombres más inteligentes que el ya senil Gobernador, y se fueron las mujeres de nuestros protectores, incluyendo a Lucy que partió una tarde sin despedirse de nadie. El pueblo exaltado, cantó un extraño himno al Samamfo, y desconocidos héroes explicaron a los jóvenes que Nyambe estaba encarnado en el Pueblo, que Nyambe era el pueblo. El Samamfo se liberó de viejos polvos de plata y el oro intemporal surgió de nuevo, purificado por las lluvias de ese año, y entraron a palacio.

Nos llamaron a negociar y negociamos. Me tocó componer el Himno de Guerra de la Nueva Patria. El Vaticano, sabiamente, levantó la excomunión y trasladó al Obispo, dando una larga explicación a los fieles sobre las nuevas condiciones. Y su sucesor, presente en la ceremonia, cantó con el pueblo el Himno de Guerra:

*Libre los pechos, la postergada gloria
surge triunfante en áureo porvenir . . .*

Bajamos los símbolos de plata y en su lugar colocamos los signos dorados del Samamfo. Nyambe deveras estaba encarnado en el pueblo. Dios era el pueblo.

Pero el nuevo gobierno fue más allá de los límites fijados por los que como El Doctor, renunciaron a sus privilegios y fueron arrastrados por el proceso. Más allá incluso de los límites de tolerancia fijados por el Vaticano. Más allá de los límites establecidos por los antiguos protectores. Hizo abolir los nombres cristianos. Así lo denunció en su oportunidad su Majestad, antiguo protector de Kumasi. Hubo que buscar entonces en los archivos del Samamfo, los nombres ya olvidados. Y el Jefe de Estado recuperó los legendarios banquillos.

Mi mujer volvió después de la independencia y se hizo fanática del nuevo régimen. PALA abolió el uso de la palabra "plata". Los diccionarios no la definieron. Los poemas evitaron su uso. La plata no existe, dijeron los filósofos, es una ilusión del pensamiento.

No sé cuando empecé a pintar de nuevo. Supongo que coincidió con la pérdida de compromiso con el nuevo régimen. Pero supongo que fue un día cualquiera, mirando el atardecer. Pensé que de todos modos, siempre volvía a amanecer. Ese pensamiento me llevó a pintar un cuadro con siete soles: cuatro dorados y tres de plata. La luz que emanaba de los siete soles, producían infinitas tonalidades entre oro y plata, entre resiclados y ponientes, en infinitos celajes.

No bastó mi agonía, ni las múltiples interpretaciones dadas a mi cuadro. No bastó demostrar que ya no éramos hijos de un solo Samamfo, sino un híbrido de dos.

Quise decir que al comienzo de todas las historias tiene que estar la realidad. Quise decir que en la vida, el presente es siempre lo único posible. Quise decir que no es posible volver al pasado, porque lo pasado son solo recuerdos, y que el futuro

son solo nuestros sueños. Que el instante en que vemos la luz es nuestro único instante, y este mundo es el único mundo que podemos transformar.

Mi mujer me acusó a la comisión de Arte. Convertida ahora en fanática del nuevo régimen, logró que me condenaran por desviarme del Espíritu del Samamfo. Y tras perder mi puesto en el Comité Central del PALA, pasé a cumplir mi condena: pintar setecientos soles de oro puro, bajo el ojo vigilante de mi señora.

Al pintar el sol número doscientos, hui de Kumasi, dejando atrás mis doradas montañas, buscando, si no la libertad, consuelo a mi vocación frustrada. En el país de Germanson me recibieron gustosos. Necesitaban en esos días quien se ocupase de la limpieza de los caños del palacio, atascados por las hojas de otoño. Luego barrí la nieve de diciembre: recogí el barro de primavera y en verano empuñé el abanico de los pensionados de guerra.

Un día el Príncipe de plata me vio en tales faenas, y desmontándose de su brioso caballo de plateadas crines, admiró mi trabajo. Quiso desde ya que ingresara a su guardia personal, a pesar de mis años. Pero asustados por los Espíritus del Samamfo que soplaron mis sueños, volví a la tierra ancestral.

Nadie me esperaba en Kumasi, nadie. Pero me recibieron en una ceremonia oficial, donde se dijo que los hijos pródigos siempre regresan a su hogar. Terminé de pintar los soles que faltaban, y entre aplausos, pinté la historia de PALA.

Todo de oro. Incluso el suelo donde una noche brillaron los campesinos bajo los ritos del Samamfo. Incluso la plaza donde me ejecutaron la primera vez, cuando PALA aún anidaba en la región de las cosas posibles.

Era un futuro. Era un sueño. Fueron años felices. Incluso me llevé bien con mi esposa. Pero el regreso de plateados soles era una fatalidad, y se dio cuando el Presidente me llamó a

palacio para pintar la historia de la Guerra de Liberación. Por un simple descuido que lamenté mucho, una pequeña rayita plateada se asomó al poniente y me condenaron al destierro. Regresé al país de plata, y en palacio, dí rienda suelta a mis soles reprimidos. El príncipe fue un anfitrión magnífico. Y en esa explosión liberadora me elevaron a la categoría de genio y gran maestro, y me dieron las llaves del Reino.

Fueron años felices. Años de poder y de gloria. Pero una noche, vi caer la luna tras un monte cercano, y pensé que después de todo, la luna también regresaría a pesar de la montaña. Y pinté un cuadro con la luna dorada, sobre un fondo de plata mística.

He caído en desgracia. Pienso. Me han condenado a la soledad. Pienso. Sentado como estoy en este círculo, en el sótano del palacio. Pienso. Un círculo de plata, pienso. Habrán destruido mi cuadro, pienso. Era mi mejor cuadro, pienso.

Un calor extraño me llega a la espina dorsal y miro, asombrado, el rostro de Lucy. Luce bien a pesar de los años. La han condenado a ella también a la soledad, me cuenta llorando, porque rescató mi cuadro y lo exhibió en la plaza principal. Me dice que llore. Me dice que en la lucha y la lágrima se está en libertad. Me dice que en la lucha y la lágrima se vence al silencio. Pienso.

Mi esposa nos está mirando y me tiende la mano. Quiere recoger mis vencidos despojos y regresarlos a las tierras ancestrales para que decoren los museos.

Se aleja con las manos vacías y una novela dibujada en sus labios. La historia dirá que la abandoné por una mujer de plata. Y dirá que al final de mis días, renegué de mis sueños dorados. Dirá que he traicionado lo más sagrado del Samamfo. Los verdugos quedan. Están sentados en torno nuestro y nos miran, y nos apuntan con sus dedos.

Pero yo he contado la historia del Samamfo. Solo yo. Yo he adorado a Nyambe, y lo he encarnado en el Pueblo. Si muero, alguien cargará con mi muerte, alguien enfrentará algún día su propia rebelión como un castigo.

Lucy ha dejado de llorar, tras percibir el lento paso de mis propias lágrimas.

Mis puños se contraen en señal de guerra. Mis manos buscan a través del círculo, el apoyo de unas manos de plata. Hemos dejado de llorar y Lucy sonríe. Soles de oro y plata devienen en nuestra sonrisa.

Yo sé que en la lucha volveremos a llorar.

INDICE

Pág.

LA REBELION POCOMIA	7
EL MAYOR	13
EL CANDIDATO	17
LA LLENA	23
LA NOCHE DEL ARENAL	25
EL PARTIDO	29
EL ENGRANAJE	37
LAS MANCHAS DEL OJO	43
LAS VOLUNTADES	51
LA LEYENDA DE JOSE GORDON	55
LOS MITOS ANCESTRALES	73

OBRAS DEL AUTOR

UNA CANCION EN LA MADRUGADA	Cuentos – 1970
HOMBRES CURTIDOS	Novela – 1971
EL NEGRO EN COSTA RICA en colaboración con el Prof. Carlos Meléndez	1972
LOS CUATRO ESPEJOS	Novela – 1973
EL NEGRO EN LA LITERATURA COSTARRICENSE	1975

Este libro se imprimió en los talleres de imprenta de Editorial Texto Ltda. en agosto de 1976. Su edición fue acordada en sesión número 638 del Consejo Directivo de la Editorial Costa Rica. Consta de 2500 ejemplares en papel periódico y 500 ejemplares en papel bond, y forro de cartulina barnizable. Composición tipográfica de Textos Meaño S. A. Portada de Alberto Merino. Estuvo al cuidado de Cecilia Trejos Calsija.

EN EL DICTAMEN CRITICO DADO SOBRE LA REBELION POCOMIA y otros relatos por uno de los dictaminadores a quienes se solicitó su opinión, se dice:

"Como epígrafe a uno de sus relatos, Quince Duncan cita un pensamiento de A. Sivanandan, el cual traduzco:

"Al margen de la cultura europea . . . el intelectual de color es un artefacto de la historia colonial . . . Es una criatura de dos mundos, y de ninguno.

Este libro nos demuestra que Quince, intelectual de color, está logrando ya la fusión de esos dos mundos. Desde ese ángulo, la lectura de estos relatos resulta de un extraordinario interés. Aquí, en este tomo, está y no está Costa Rica. Lo está, porque Quince penetra en una cripta a la que pocos, o nadie, habría entrado antes; una cripta, o entraña, totalmente costarricense. No lo está, porque esta visión insólita, este ojo que

nos mira desde adentro por un resquicio por donde sólo los negros costarricenses podrán mirarnos, nos sorprende, al extremo de que nos hace sentirnos desconocidos. Esa, en todo caso, es culpa nuestra. Y ese, en suma, es el mérito mayor del libro. Hacernos sentir que estamos apenas comenzando a conocernos, a conocernos —todos con todos— cabalmente. (Igual cosa ocurrirá algún día cuando se incorporen nuestros aborígenes a nuestra cultura.)"

Autor de varias otras obras importantes de cuento, novela y ensayo, Quince Duncan se destaca como uno de los valores literarios costarricenses más sobresalientes de los últimos años.



EDITORIAL



SIDUNA



F114719